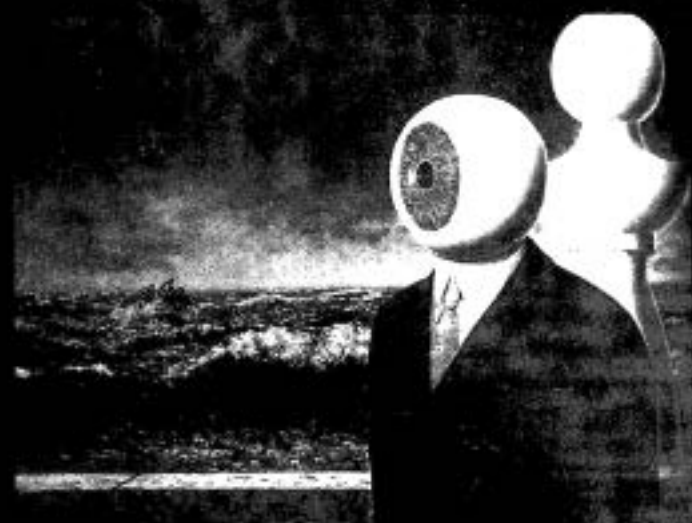


Con un concepto rigurosamente estructural de la lengua, que lleva incluso a interpretar en clave distinta de la evolutiva algunos resultados de la lingüística histórico-comparativa, *Lengua y tiempo* investiga, siempre desde el examen de lenguas determinadas, las implicaciones y los supuestos de unas categorías gramaticales fundamentales.

Felipe Martínez Marzosa es catedrático de Filosofía de la Universidad de Barcelona.

Lengua y tiempo

LENGUA Y TIEMPO



ISBN 84-7714-876-4



800.1 MAR

LINGÜÍSTICA Y CONOCIMIENTO

R. 55 645

Lingüística y Conocimiento - 26



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5314596154

Colección dirigida
por Carlos Piera

FELIPE MARTÍNEZ MARZOA

LENGUA Y TIEMPO

© Felipe Martínez Marzoa, 1999

© De la presente edición:

VISOR DIS., S. A., 1999

Tomás Bretón, 55

28045 Madrid

ISBN: 84-7774-876-4

Depósito Legal: M-7.381-1999

Visor Fotocomposición

Impreso en España - *Printed in Spain*

Gráficas Rógar, S. A.

Navalcarnero (Madrid)

Prólogo

Algunas dudas, referentes a qué tono adoptar, en qué tipo de lector pensar, hasta dónde llegar, marcaron el proceso de redacción de este libro, retrasaron incluso la decisión de escribirlo y es probable que hayan dejado huellas (no necesariamente para mal) en el resultado. Por una parte es inevitable (y tampoco se pretende evitarlo) que la recepción se atenga en medida importante a la clasificación como trabajo «de filosofía», la cual es correcta, salvo en lo que tienen de incorrecto todas las clasificaciones de labores intelectuales. A la vez, sin embargo, el trabajo choca un poco con hábitos predominantes en el sector. Para empezar, se tiende normalmente a pensar que, si un «filósofo» habla de lengua, de lo que habla es de «la lengua» o de «una lengua» en general o de «diferentes lenguas» también en general; no se piensa, en cambio, que le concierna discutir, por ejemplo, si el funcionamiento de tal o cual lengua (una determinada, pongamos que el castellano de hacia 1600 o el griego de Heródoto) queda o no adecuadamente descrito con el empleo de tal o cual sistema de categorías. Pues bien, el punto de vista de este libro y de su autor, como se verá quizá en lo que sigue si no se ha visto ya antes, mantiene importantes reservas frente al hábito que se acaba de mencionar. Si se nos quiere hacer notar que incluso nosotros, al considerar como quizá la empresa más filosófica la de captar en concreto el funcionamiento de la lengua, estamos tomando la lengua de una determinada manera y tenemos, por lo tanto, una posición ante «la lengua» en general y ante «una lengua» en general, etcétera, entonces respondemos que quizá sea así, pero que el que haya esa posición no comporta que la misma pueda exponerse y discutirse por separado y de manera previa con respecto a su ejercicio; pudiera ser, y es lo que pensa-

mos, que sólo ejerciendo cupiese expresar los deslindes y sólo entonces hubiese de qué discutir, y que, en cambio, aquellas discusiones en un plano general y previo sean vacías.

La postura que acabamos de esbozar, ciertamente, tampoco es nueva. Pero la práctica del mundo literario en el que estamos acepta, y ello no sólo por parte de «los filósofos» ni mucho menos, el tipo de taxonomía al que nos hemos referido y sus consecuencias. Dado que este libro, a fin de cuentas, pertenece a ese mundo, inevitablemente adopta una especie de término medio algo inestable, algo vacilante, no sé si pensando con ello contribuir a que quizá no siempre haya que seguir haciéndolo así.

De todos modos, de lo dicho se siguen algunas advertencias. Si el lector, en particular aquel lector a quien interesa el libro y que en general lo entiende, encuentra sin embargo que sus propios conocimientos lingüísticos no le permiten discutir algunos aspectos de lo que se le dice, y si además quiere superar esa deficiencia, debe saber que esto no podrá hacerlo mediante la lectura de libros como este, sino que habrá de ir en efecto al trabajo lingüístico de base, al texto, al análisis del texto, a la discusión sobre la gramática mirando al texto, etcétera, un trabajo que quizá pueda ser el más filosófico de todos, pero esto último es cuestión que debe quedar para otro momento.

Después de lo que acabamos de decir, no hará falta que el autor insista en el reconocimiento de su propia deuda general para con la investigación lingüística concreta de las últimas décadas. La breve bibliografía que va al final no hace sino cumplir el elemental deber de mencionar las obras que han estado continuamente presentes y han sido exhaustivamente tenidas en cuenta; el número de las que de un modo u otro han influido es, a estas alturas, de imposible cómputo.

Barcelona, septiembre de 1997

1. Consideraciones iniciales

Puesto que aquí se hablará bastante de lenguas, conviene empezar diciendo algo acerca de qué se entiende aquí en general por «una lengua», no, desde luego, con la pretensión de dar algo así como la definición de un término, sino sólo con la de establecer precautoriamente distancias con respecto a otros modos de hablar de «una lengua» cuya mezcla con nuestro discurso podría generar los peores malentendidos. Para empezar, lo que nosotros llamaremos «una lengua» no se definirá en ningún caso como la lengua «de» cierto sujeto material hablante, por ejemplo de este o aquel «pueblo» o «comunidad»; no asumimos que haya identidad alguna de esta índole, y, por lo tanto, tendremos que adoptar la precaución de no identificar o definir nunca una lengua por la pertenencia a un sujeto, ni siquiera en aquel modo que definiese éste sólo por una delimitación en el tiempo y el espacio, menos aún en cualquier otro modo. La definición de una lengua, de tal o cual lengua, será en verdad la estructura misma propiamente llamada lengua; la estructura, en sí misma, no será el predicado que se atribuya a cierto sujeto previamente delimitado según categorías extralingüísticas, sino que será ella misma el fenómeno a observar.

Dado que, por otra parte, nuestro estudio es fenomenología de lenguas, y no teorización acerca de «el lenguaje» ni de la posibilidad de «lenguajes», es fácil que a alguien, a la vista de la anunciada ausencia de suposición de una delimitación extralingüística de cada objeto, se le ocurra objetar que el encontrar o buscar o reconocer una estructura parece suponer la previa delimitación de un ámbito de fenómenos que la estructura buscada precisamente haya de permitir entender. No es sino una versión en los términos aquí adecuados de la conocida objeción que

pretende apoyarse en el círculo del comprender: intentar comprender presupone en todo caso ya una dirección u orientación hacia aquello que se intenta comprender, un haberlo tomado ya de una u otra manera, y, por lo tanto, presupone comprender. En este círculo, que es inherente a toda tarea fenomenológica y/o hermenéutica, la actitud que estamos proponiendo tiene al menos la ventaja de entrar sin tapujos, mientras que la posición desde la cual hipotéticamente se nos objeta aporta una salida en falso, pues la previa delimitación extralingüística nunca podría contener garantía alguna de que haya en verdad una estructura que tenga ese y precisamente ese alcance material, e incluso es difícil no temer que esa delimitación previa oculte decisiones ajenas a la cosa misma. Aquí adoptamos, en cambio, la postura de no dar por supuesta para la lengua continuidad alguna en el espacio o el tiempo; no negamos que haya tal continuidad, ni siquiera negamos que *tenga que* haber en cada caso alguna; nos limitamos a no suponer ninguna en particular. En las ocasiones en las que digamos «la lengua de ...», ello contendrá términos preposicionales que precisamente no designen de manera primaria soportes físicos, materiales, ni, por lo tanto, entidades en el espacio y el tiempo físicos; designarán, por ejemplo, un texto, como cuando decimos «la lengua de Homero», y un texto es algo tan estructural, tan poco físico-material, como la lengua misma; el texto puede ser el mismo en realizaciones materiales infinitamente diversas. Consiguientemente, si «la lengua de Homero» es o no lo mismo que «la lengua de Platón» y ambos que «la lengua de Plutarco» y «la lengua de Proclo», donde todos los nombres propios significan conjuntos de textos, es un problema que pertenece a la propia investigación estructural, fenomenológica y hermenéutica.

Lo dicho determina también el modo en que se acogen aquellos contenidos de la investigación lingüística contemporánea nuestra hacia los que este trabajo es deudor. Puede tener especial interés explicitar algo este punto en relación con aquellos contenidos que suelen tener una formulación, al menos aparentemente, evolutiva o diacrónica, por ejemplo la lingüística comparativa de una u otra familia de lenguas, de hecho de manera

especialmente sistemática la lingüística indoeuropea. La formulación en términos diacrónicos o evolutivos tiene desde luego la ventaja de que con ella la pertenencia a una familia lingüística queda alejada de cualquier connotación tipológica o de comunidad estructural; el que una lengua sea, por ejemplo, «indoeuropea» no la ubica por sí solo en lugar alguno en relación con ninguno de los problemas de estructura que aquí habremos de tocar, sencillamente no tiene de entrada nada que ver con ellos. Esto ha de ser rigurosamente mantenido; pero hay todavía más. Incluso por lo que se refiere a la parte positiva de la expresión diacrónica en lingüística comparativa, habrá que aceptar que la misma, incluidas todas sus revisiones y autocríticas, tiene su validez en que el modelo diacrónico en cuestión resulta ser la mejor manera posible de expresar ciertos sistemas de correspondencias observables entre las lenguas históricas, y perdería toda validez si esas correspondencias se dejaran expresar igual o mejor de otra manera; lo que hay, la cosa, el asunto, es, pues, el sistema de correspondencias, no el «indoeuropeo común»; éste, en cualquiera de los modos en que quepa representárselo, es sólo el modelo más adecuado (mientras lo sea, y, si no lo fuese, no sería nada) para expresar esas correspondencias. La duda metodológica no concierne a si el indoeuropeo común «existió», sino más bien a si está claro qué quiere decir exactamente eso de que «existió». Parece como que esta palabra tiende a envolver la licencia para pasar de una entidad puramente lingüística a todo aquello que, por el automatismo conceptual que precisamente queríamos desconectar desde el comienzo de este capítulo, se considera como algo material o físico y, a la vez, como el sustrato o sujeto del predicado que la lengua entonces sería.

Pasando de lo aparentemente diacrónico a lo estructural y «tipológico», también aquí algunos deslindes son necesarios. Nuestro interés está fundamentalmente en averiguar los supuestos que hay en los conceptos del tipo de los que solemos llamar «categorías gramaticales». Esto lleva a que nuestra discusión, en la medida en que toca lo «tipológico», no vaya, sin embargo, en el sentido de averiguar, por ejemplo, cómo se comporta en unas u otras lenguas el verbo en relación con el nombre, sino más

bien en el de averiguar –siguiendo con el mismo ejemplo– qué supuestos hay en el hecho de que pueda hablarse de «verbo» y «nombre». La cuestión, ciertamente, no es la de si «en todas las lenguas hay verbo y nombre» o no; verbo y nombre son categorías, no cosas que «hay» o «no hay»; la verdadera cuestión es qué pasa con el hecho de que nosotros (un cierto «nosotros» del que también está por ver qué es) tengamos que emplear esas categorías.

2. A propósito de algunos paradigmas verbales

Una formulación escolar válida del paradigma del verbo griego antiguo hace que se crucen entre sí una dimensión de la que son posiciones características el presente, el aoristo y el perfecto con otra de la que lo son el indicativo, el optativo y el subjuntivo, y ambas dimensiones con una tercera cuyas posiciones se llaman generalmente voz activa y voz media. Llamaremos a la dimensión paradigmática mencionada en tercer lugar *diátesis*; su significado es que uno de los dos miembros comporta marca expresa de intransitividad y el otro no. A la dimensión paradigmática mencionada en segundo lugar la llamaremos *modo* y dejaremos para más adelante el ver si procede aquí hacer alguna mención de su significado. En cuanto a la dimensión que hemos mencionado en primer lugar, ella, ciertamente, no significa ubicación en la línea del tiempo, lo cual, sin embargo, pudiera no ser argumento decisivo en contra de llamarla «tiempo». Veamos esto último más de cerca; aoristo-presente-perfecto son algo así como hecho-proceso-estado; pudiera interesarnos emplear la palabra «tiempo» de manera que pudiese, entre otras cosas, funcionar como algo parecido a una traducción de la palabra griega *khrónos* o incluso de otras palabras griegas, lo cual es posible sólo si en el propio significado de la palabra «tiempo» cabe el hacer justicia al hecho de que «tiempo» es primariamente la distancia, el intervalo, el «de ... a ...»; este orden se mantiene aun en la «Física» de Aristóteles, donde incluso puede verse, como también en algún pasaje del «Parménides» de Platón, de qué modo no es sino la tematización de la propia distancia o intervalo o «entre», de suyo siempre ya supuesto y por lo tanto nunca temático, la que induce el giro hacia que la distancia

sea entendida como delimitación sobre la base de un horizonte que sigue y sigue. Dicho todo esto, podemos entender ya el que hecho-proceso-estado sea «tiempo», pues al menos es claro que esas tres nociones tienen que ver con el «de ... a ...», que significan algo así como tres aspectos, inseparables entre sí, de él o tres modos, irrenunciables cada uno de ellos, de su comparecencia; un «de ... a ...», por ejemplo el crecimiento de una planta, puede ser considerado como el proceso, el transcurso, o como el acontecimiento o hecho que él es, o como el estado, pongamos el estado de madurez. Así, pues, dando por entendidas las reservas que se desprenden de lo dicho, nos permitiremos llamar *tiempo* a esa dimensión paradigmática. Emplearemos las expresiones «factivo», «cursivo» y «estativo» para designar desde el punto de vista del significado lo que la gramática escolar llama, respectivamente, aoristo, presente y perfecto.

Hay, por otra parte, formando parte de la misma estructura global, una contraposición que pudiera a primera vista aparentar una relación más obvia con nuestro concepto vulgar del tiempo. Al presente, en efecto, se contraponen el «imperfecto», también proceso, cursivo, pero «en tiempo pasado», y al perfecto un «pluscuamperfecto», también estado, sólo que «en tiempo pasado». Esta proporcionalidad significa que se trata de una sola y la misma contraposición, en un caso en contexto con presente, en el otro en contexto con perfecto; lo cual sitúa la contraposición actual-pretérito en (o quizá como) una dimensión que se cruza con la que hemos decidido llamar tiempo. Es este un resultado que hemos de revisar y matizar, pero, por de pronto, digamos que no constituye objeción contra él el hecho de que la misma contraposición, actual-pretérito, no se dé en contexto con aoristo, o, para ser más exactos, digamos que en cierta manera sí se da, pues el que la gramática escolar llama «aoristo indicativo» es tan marcadamente pretérito como el «imperfecto» o el «pluscuamperfecto», sin que se oponga a ello el hecho de que le falte un correlato actual, situación que puede entenderse como no otra cosa que incompatibilidad de contenido entre los significados

de actual y factivo marcados; el factivo significa que se considera no el discurrir ni el estado permanente, sino el hecho cerrado, y esto, expresamente marcado, no es posible con marca a su vez de actual. Por este lado parece, pues, que no habría inconveniente en admitir actual-pretérito como una dimensión que se cruza con la de tiempo. Tampoco hay objeción en contra del cruce, inevitable en la hipótesis, de esa aparentemente nueva dimensión con la de diátesis, pues hay, en efecto, las dos posibilidades con cada una de las dos diátesis. En cambio, no hay cruce entre la contraposición actual-pretérito y la dimensión modo. Aquí el examen del paradigma canónico nos reserva una sorpresa: de su misma observación, de los mismos datos en él contenidos, se sigue que él no es el modelo más adecuado; en efecto, si sólo dentro del «modo indicativo» hay contraposición actual-pretérito, lo que esto estructuralmente dice es que actual-pretérito no es una dimensión que se cruce con la de modo, sino que sencillamente el hasta ahora presunto modo «indicativo» queda escindido en dos, a saber: actual y pretérito. No hay, pues, indicativo, y los modos son: actual, pretérito, optativo, subjuntivo y está por ver si alguno más. Que actual y pretérito se sitúen en la misma dimensión que optativo y subjuntivo expresa el hecho de que no puede haber ni en el optativo ni en el subjuntivo un actual frente a un pretérito, hecho que, en cambio, queda inexpresado, y sólo yuxtapositivamente constatado, en el modelo más habitual.

Volvamos a los tiempos, básicamente aoristo, presente, perfecto, o sea: factivo, cursivo, estativo. Al menos esta dimensión paradigmática es, al menos con este significado, característica del griego. No existe base alguna para retrotraer a un «indoeuropeo común», por de pronto, la tríada de significados factivo-cursivo-estativo como miembros de algún paradigma gramatical, ni siquiera limitando el alcance de la noción «indoeuropeo común» a los estrictos términos que hemos indicado en el capítulo 1 de este libro. Esa tríada de significados, con carácter gramatical, es peculiar del griego. En cuanto a si en alguna otra parte se encuentra algo que por alguna razón

debiese identificarse como las mismas categorías aunque los significados no fuesen coincidentes, hay que matizar: el antiguo indio tiene, desde luego, bloques de formas que, en cuanto al procedimiento de obtención de las mismas, se corresponden visiblemente con presente, aoristo y perfecto griegos, por lo cual les daremos, como es usual, los nombres escolares hoy habituales de sus (obtencionalmente) correspondientes griegos. De las formas antiguoindias que por su modo de obtención corresponden al cursivo griego, sólo aquella que corresponde al actual, es decir, no todo el sistema del presente, con el imperfecto, sino sólo el presente mismo, significa proceso; es, en efecto, el propio presente el que significa cursividad incluso en tiempo pasado, mientras que el imperfecto, correspondiente obtencional del cursivo pretérito griego, si bien es cierto que, en efecto, significa pasado, lo hace sin diferenciarse muy claramente del aoristo; se constata la tendencia a que el aoristo exprese aquello que justamente acaba de ocurrir, pero esta distinción, que nunca es muy nítida, queda todavía más difuminada por la inclinación del sánscrito clásico a expresar el pasado mediante ciertas formas nominales. En cuanto al perfecto, es básicamente la historia de él dentro del griego la que justifica la figura de una evolución de un significado de estado a uno que tiene algo que ver con pasado; cierto que en antiguo indio los usos védicos se dejan explicar (y así se viene haciendo) según un modelo que implicaría una evolución similar a la del griego, pero no queda claro si esta explicación se daría incluso sin tener en cuenta el griego, mientras que lo recíproco por parte de este último está fuera de duda. A la vista de todo esto podemos preguntarnos si la correspondencia entre los «tiempos» del griego y los del antiguo indio es substancialmente más que mera correspondencia de significantes formacionales, es decir, si va mucho más allá de que ciertos afijos o similares en una lengua sean las secuencias de fonemas que en esa lengua corresponden a las de la otra en el modo de lo que se llama el tratamiento en una y otra lengua de unos «mismos» fonemas del «indoeuropeo común»; se trata de si, además de esto, la correspondencia, aun cuando no sea proximi-

dad de significado, llega hasta permitir, para cada uno de los «tiempos» o «temas temporales», una definición en el terreno de las estructuras morfológicas. Algo que ya por de pronto va ciertamente más allá de la mencionada correspondencia entre significantes como meras secuencias de fonemas es lo siguiente: mientras que el perfecto tiene desinencias propias (asunto en cuya discusión no entraremos aquí), el presente y el aoristo emplean un teclado de desinencias común, el cual comporta una serie con marca de actualidad y otra sin esa marca, y ello de manera que el tema de presente, empleando ambas series, da un actual y un pretérito, mientras que el tema de aoristo no da actual y sí un pretérito, empleando las desinencias sin marca de actualidad; cabe entender por «presente» sencillamente un tema que da un actual y un pretérito y entender por «aoristo» un tema que sólo da un pretérito y no un actual; fórmula tanto más definitoria por cuanto el elemento formante de un tema de presente puede ser materialmente el mismo elemento que en otro punto del sistema es formante de un tema de aoristo; lo que lo hace ser de presente o de aoristo no es, pues, el ser tal o cual elemento, sino el que de la formación en cuestión haya un actual y un pretérito o solamente un pretérito; este modelo es útil en la comparación entre el griego y el antiguo indio, pero en ningún modo puede decirse que tal división de los temas, a saber, en unos que dan actual y pretérito y otros que sólo pretérito, constituyese categoría «en indoeuropeo común», ni siquiera una vez aceptadas las limitaciones que hemos impuesto al alcance de esta última noción. Tanto menos cuanto que la situación en una y otra lengua tiene, en cada una de las dos, su propia y peculiar coherencia interna: en antiguo indio el tema de aoristo da sólo pretérito y el aoristo significa pasado; en griego el aoristo asume como significado una marca que es incompatible con la de actualidad.

Cuando por primera vez empleamos la noción «tiempo» en este capítulo, dijimos que no entendíamos por tal la «línea» «infinita» (infinita al menos en el sentido de que siempre hay «más allá» en una y otra dirección) del tiempo. Puesto que ahora, como útil necesario para ciertas descripciones, ha apare-

cido la contraposición actual-pretérito, es importante destacar que tampoco esto es la «línea» en cuestión; no se trata, en efecto, de nada continuo, indefinidamente prolongable o indefinidamente divisible, sino sólo de que esté o no cierta «marca de actualidad», la cual es algo así como una nota de presencia, una relevancia déctica. En griego esta contraposición no es por sí misma una dimensión, sino que se integra, como vimos, en el sistema de los modos. El procedimiento de expresión de la pareja actual-pretérito dentro del paradigma de modo requiere que dediquemos una reflexión al hecho de que esa expresión suma a las desinencias sin marca de actualidad otra señal, a saber, el llamado aumento. Una situación así induce la cuestión de qué podría ser o haber sido la forma que, sin aumento, añadiese al tema del «tiempo» únicamente las desinencias sin marca de actualidad, puesto que, si bien estos datos parecen en principio suficientes para dar pretérito, a la vez, sin embargo, si fuese así, el aumento carecería de función. Lo que de pretensión a primera vista diacrónica pueda haber en la pregunta tiene el carácter que a la consideración literalmente diacrónica hemos atribuido en el capítulo 1; en todo caso nos recuerda que en antiguo indio hay, aunque limitadamente, un llamado «modo injuntivo», el cual es ni más ni menos que eso que hipotéticamente acabamos de construir al constatar desde el griego un problema estructural; es, en efecto, la forma que se caracteriza modalmente por tener las desinencias sin marca de actualidad y, a la vez, no tener aumento; en védico esas mismas formas asumen, en competencia con las que llevan aumento, también el significado de pretérito. Dado que en parte del *corpus* griego, y en particular en un sector de él lingüísticamente tan relevante como es el *épos*, el aumento en el pretérito es opcional, la situación comparativa se deja formular de dos maneras; o bien: modo «injuntivo» cuya desaparición en griego habría convertido en redundante la caracterización del pretérito por el aumento, pues el pretérito, al no tener que distinguirse frente al injuntivo, quedaría suficientemente caracterizado por las desinencias sin marca de actualidad; o bien: a partir de cierta categoría cuyo significante serían mera-

mente estas desinencias, categoría que, por cierto, sería lo que habría quedado como término no marcado al marcarse el actual, una posible realización semántica de esa categoría, a saber, como pretérito, ulteriormente se habría destacado mediante el aumento, llegando así a separarse como categoría distinta; la coexistencia de formas con aumento y sin él para el pretérito en ciertas áreas del griego, así como en áreas del antiguo indio, concretamente en védico, y el que en védico la forma sin aumento sea también la del injuntivo, continuaría una situación en la que cierta realización semántica como pretérito y la asociación de ella con el aumento serían ya hechos, pero al menos el segundo no estaría aún plenamente integrado en el sistema. De estas dos explicaciones la segunda tiene la ventaja de cargar en menor medida un presunto estadio «común» con estructuras retroconstruidas. Cuando decimos que esto es una ventaja, no estamos diciendo nada parecido a que una situación más «primitiva» hubiese de ser algo así como menos estructurada; cuando se habla del carácter secundario de ciertas estructuras, no se está pensando que lo anterior estuviese un paso más cerca de la noche en la que todos los gatos son pardos; por definición, la comparación se refiere sólo a las estructuras que son reconstruibles desde después, no a las que en general hubiese; y, también por definición, el proceso de génesis de ciertas estructuras es a la vez el de disolución de otras.

Las dimensiones *tiempo* y *modo*, como en general cualesquiera dimensiones que hayan de caracterizar todas ellas un mismo caracterizando, existen como dimensiones distintas la una de la otra si y sólo si se cruzan la una con la otra. Esta condición, por lo que se refiere a las dos dimensiones que acabamos de mencionar, se cumple con toda nitidez en griego. No sólo hay presente subjuntivo, presente optativo, aoristo subjuntivo, aoristo optativo, etcétera, sino que además el significado del presente o el del aoristo se mantiene con toda claridad a través de los modos. Podrá ser más o menos difícil exponer qué es semánticamente de manera general un aoristo, un presente o un perfecto griegos, pero es muy claro que son distintos entre sí y que cada uno de ellos es siempre lo mismo, sea cual sea el

modo (o la diátesis) con que se combine. Este preciso cruce es fenómeno del que tendremos que ocuparnos, y entonces se verá también por qué nos preocupa saber si él se da también en otras lenguas, por de pronto –veámoslo– en el antiguo indio. Si nos atenemos al sánscrito, de entrada casi parece que simplemente no hay cruce, pues los modos que hay se forman sólo desde el tema de presente (y, aunque se considerasen como modos el injuntivo y el «precativo», tampoco ellos se forman en sánscrito alternativamente desde diferentes temas de «tiempo»). Ahora bien, la limitación de la formación de los modos al tema de presente es una fijación sobre la base de un procedimiento más libre operante dentro del propio antiguo indio. Tampoco en védico se constata diferencia de significado entre un modo formado desde el presente y el mismo modo formado desde el aoristo o el perfecto, y, sin embargo, en védico pueden formarse los modos desde cualquiera de los tres temas «temporales». En védico, pues, el cruce está amagado, no producido; finalmente el cruce se frustra o aborta, y la fijación sánscrita simplemente constata esa situación de cruce frustrado o abortado; el cruce efectuado hubiera sido que el aoristo con cierta marca de modo difiriese semánticamente del presente con la misma marca de modo proporcionalmente a como el aoristo sin esa marca difiere del presente sin ella.

Acabamos de hacer un uso relevante de la consideración de que, si dos dimensiones paradigmáticas, por definición, han de entrar a configurar un mismo modelo pluridimensional, entonces, por definición, esas dos dimensiones existen sólo si se cruzan entre sí. Tal consideración había quedado ya ilustrada de pasada cuando vimos que la oposición actual-pretérito en griego puede considerarse como dimensión distinta de la de tiempo y no en cambio de la de modo; ocurre sencillamente que se cruza con aquélla y no con ésta. Así las cosas, y siendo obvio que tampoco en antiguo indio hay cruce de actual-pretérito con una dimensión de modo, queda la cuestión de si lo habría con una de tiempo (presente-aoristo-perfecto). Para una respuesta afirmativa necesitaríamos al menos un «pluscuamperfecto», y éste es una formación muy fugaz en védico e inexistente en sánscrito. Esto

refuerza la conclusión provisional a la que habíamos llegado acerca de la situación del cruce (y, por lo tanto, de la pluralidad misma) de cierto tipo de dimensiones morfemáticas en antiguo indio. No es que no haya tal cruce, sino que el mismo se encuentra en ese estado que hemos descrito como de frustración fijada o aborto fijado. Esta constatación, como todas las demás del presente capítulo, adquirirá un peculiar significado en lo que más adelante diremos.

3. Dimensiones morfemáticas y tiempo

En el capítulo precedente se ha hablado de dimensiones paradigmáticas del «verbo»; se ha hablado, por lo tanto, de morfemas «verbales». Con ello se da por supuesto un estado de cosas en el que cierta entidad lingüística llamada «verbo» se define por el hecho de que le pertenecen dimensiones paradigmáticas específicas. Se está suponiendo, pues, cierta clase especial de morfemas, los «morfemas verbales»; ¿qué tendrían ellos de particular?

Podemos, por una parte, recurrir al concepto «morfemas extensos». En “el niño come manzanas” están expresados los morfemas «indicativo» y «presente», y aquello de lo que se dice que acontece en indicativo y en presente no es el comer pura y simplemente, sino el que precisamente el niño en cuestión (al que el artículo supone determinado) coma precisamente manzanas; esos morfemas, pues, afectan a toda la secuencia, por más que dentro de ella hay segmentos, a saber, “el niño”, “manzanas” y en cierta manera también “come”, que constituyen por sí solos sintagmas con sus morfemas propios. Los morfemas extensos afectan a una secuencia que comprende varios sintagmas mínimos de significado; a la vez son esos mismos morfemas los que delimitan la secuencia en cuestión, a saber, por el hecho de que afectan al conjunto de ella; la secuencia así delimitada se llama «nexo».

Ahora bien, el que los conceptos «nexo» y «morfema extenso», tal como acabamos de introducirlos, tengan valor fenomenológico requiere que, en efecto, varias dimensiones de morfemas extensos coincidan en delimitar un mismo nexo. Si esto no ocurriese, la aplicación de los conceptos en cuestión no describiría nada, no revelaría ninguna estructura del decir mismo. Es, por lo tanto, esencial a la cuestión el que esté en juego

más de una dimensión paradigmática, y, por lo tanto, es esencial eso que en el capítulo 2 hemos llamado el cruce de dimensiones.

Por otra parte, esos mismos conceptos que acabamos de introducir van a parar en la noción (equivalente a la de «nexo») de la secuencia mínima en la cual están ya representados todos los tipos estructurales de elementos de significado, esto es, de aquella que constituye por sí sola un entero decir. Esta noción fue objeto de examen ya desde antiguo. Los análisis antiguos a los que vamos a hacer referencia tienen en sí mismos un alcance mucho más amplio, y aquí no procederemos a una interpretación de ellos; no obstante, el empleo que de ellos haremos, aunque limitadísimo, es auténtico. Eso que en nuestras palabras precedentes ha aparecido como la completud mínima del decir, el «nexo», es un lejano eco de lo que en aquellos análisis aparece como el que haya en efecto *lógos* en un cierto sentido marcado de esta palabra, lo cual se vincula en esos mismos análisis con que sobre un *ónoma* acontezca un *rhêma*. El *rhêma*, ciertamente, no es nuestro «verbo», ni el *ónoma* nuestro «nombre»; no lo son ni siquiera dentro de los límites de la referencia que aquí podemos hacer a ellos. En todo caso, lo que aquí nos interesa es lo siguiente: el *rhêma* acontece siempre sobre un *ónoma*; si lo que es un *rhêma* se quedase solo, ello mismo sería un *ónoma*, esto es, quedaría, en cuanto a constituir un decir, pendiente de que hubiese uno u otro *rhêma*; es, pues, el que acontezca el *rhêma* lo que está específicamente vinculado a la referencia del *rhêma* al *ónoma* y, con ello, a que en efecto haya *lógos* en el aludido sentido marcado, esto es, a lo que en manera de ver y de hablar contemporánea nuestra apareció como la constitución de nexo por la presencia de los morfemas extensos. Es, por ello, interesante el hecho de que se nos diga que precisamente el *rhêma* «aporta la significación de tiempo»¹, pues tal tesis, en la medida en que cabe trasladarla a terminología nuestra, dice que el significado de «tiempo» está específicamente vinculado a los morfemas extensos. Ya en el capítulo 2 hemos recordado que el «tiempo» dicho en griego (aquí concretamente *khrónos*) no puede ser la «línea» indefini-

damente continuada del tiempo, sino que es primariamente el «de ... a ...», el intervalo o el «entre» o la distancia. Esto lo recordábamos allí para defender que cierta dimensión morfemática se llamase *tiempo* sin ser en modo alguno ubicación en la «línea»; alegábamos, en efecto, que proceso-hecho-estado tiene que ver con el tiempo como «de ... a ...», como intervalo o «entre». Ahora bien, ya entonces apareció también el que la misma contraposición actual-pretérito, tal como la encontramos en el sistema verbal del griego, no concierne a posiciones en la línea, sino que consiste en que haya o no cierta marca de presencia o relevancia déictica. Por otra parte, vimos ya entonces que esa contraposición, actual-pretérito, está en verdad integrada en la dimensión *modo*. A decir verdad, la esfera de significado de esta dimensión, que concierne a cosas como presencia, prospección y proyecto, es tan «tiempo» (en el sentido del «de ... a ...» o el intervalo) como la de la dimensión *tiempo*.

Es, pues, en las dos dimensiones paradigmáticas a las que acabamos de hacer referencia, en las que hemos designado como *tiempo* y *modo*, donde adquiere valor descriptivo la conexión entre el significado de «tiempo» y el concepto formal de «morfemas extensos». Quizá sean también esas mismas dos dimensiones las que de verdad han hecho necesario en general el empleo (al menos el empleo aquí) de la noción de esa clase especial de morfemas, con independencia de que, una vez introducida tal noción, esté por ver si resulta interesante localizar otros hechos que respondan también a la misma. Por otra parte hemos visto que la introducción del tipo de morfemas exigía que hubiese al menos dos dimensiones morfemáticas en él, pues, según vimos, la noción de «morfemas extensos» es fenomenológicamente vacía si no se produce la coincidencia de más de una dimensión morfemática en una misma delimitación de nexo. Más aún: lo que de un viejo análisis podemos aprender nos hace pensar —lo hemos visto— que a los morfemas extensos es inherente el que su esfera de significado tenga que ver con cierta noción de «tiempo» que en su momento hemos distinguido frente a la noción de la «línea» del tiempo. Parece, pues, que, si la noción de los mor-

femas extensos debe ser plenamente aplicable, es preciso que de la esfera de significado del «tiempo», entendido como el «de ... a ...» o el «entre» o el intervalo, salgan al menos dos dimensiones de morfemas. Que sean al menos dos quiere decir que se crucen entre sí. Y ya vimos que, en efecto, las dos dimensiones que en el griego hemos designado como *tiempo y modo* son ambas, en cuanto al significado, «tiempo» y se cruzan entre sí.

Una condición como la que acabamos de definir (dos dimensiones morfemáticas con significado de «tiempo» y, por lo tanto, cruce entre ellas) no es de cumplimiento obvio. Hemos visto que se cumple en griego. Por otra parte, sabemos que el nacimiento de los conceptos que llamamos «categorías gramaticales» tiene que ver con la ocupación inherente al momento en el que el griego empieza a ser ya un asunto de cultivo o «cultura», esto es, con el Helenismo, en lo cual hay incluso una *peculiar recepción* de los análisis (en *ónoma* y *rhêma*) a los que nos hemos referido. Está con todo ello por ver cómo habría que tomar el hecho, si se produjese, de que para lenguas cuyo *corpus* pertenece enteramente a situaciones mediadas por el Helenismo se opere con modelos de gramática que parecen presuponer algo así como el mencionado cruce de dimensiones. Está, en efecto, por ver si constatar esto sería otra cosa que la redundante constatación de la dependencia helenística de las situaciones investigadas, en cuyo caso probablemente nos encontraríamos ante algo así como consecuencias, convertidas ya en obvias y, por lo tanto, opacas, de lo que aquí, en cambio, pretendemos plantear como problema.

Insistamos, en todo caso, en que el fenómeno que hemos empezado a describir, o el cumplimiento de la condición que hemos definido, no tiene nada que ver con la pertenencia a una familia lingüística, ni en general con cuestiones genético-diacrónicas; no tiene, pues, nada que ver con que una lengua sea, por ejemplo, indoeuropea. El fenómeno, por de pronto, se produce en griego. Y, si por otra parte resultare que algo en una peculiar relación con ese mismo fenómeno ocurre en antiguo indio (o en alguna otra parte), la confrontación dará lugar a una discusión fenomenológica, de com-

prensión estructural, no de explicación genético-evolutiva. De hecho ya hemos descrito (capítulo 2) cómo, en efecto, hay en antiguo indio algo relevante al respecto, y sobre ello volveremos.

NOTAS

¹ Aristóteles, *De interpretatione*, 16b6. El que la cita sea precisamente esta puede considerarse incidental; en cambio, tiene que ver con el fondo de la cuestión, como en su momento se verá, el hecho de que el conjunto de los análisis a los que nos estamos refiriendo proceda básicamente de Platón y Aristóteles.

4. El verbo y la cópula

Tras haber hecho unas consideraciones sobre «paradigmas verbales» y haber sido de este modo conducidos a la cuestión de la eventual especificidad de ciertos morfemas que los caracterizaría como «verbales», se recurrió a la noción de «morfemas extensos»; ahora bien, dado que la peculiaridad de tales morfemas es afectar a una secuencia de varios sintagmas y así constituir un nexo, el concepto de ellos no genera por sí solo el de lo que en las lenguas flexivas habría de ser un tipo especial de flexionable, el cual sería en efecto lo que llamaríamos «verbo»; para que haya tal tipo peculiar de flexionable, es preciso que, además, la expresión de los morfemas extensos se efectúe mediante la flexión de un determinado flexionable de los que hay en el nexo. De hecho, en la lingüística descriptiva existente, el término «verbo» aparece empleado de manera bastante difusa y con referencia a casi cualquier lengua, o al menos sin una limitación definida del campo de aplicación; tal empleo parece hacerse con un criterio simplemente pragmático, esto es: a la vista de lo que es un verbo en las lenguas flexivas más próximas a la cultura contemporánea, se escoge aquel uso del término que previsiblemente haga más eficaz la comunicación descriptiva, con independencia de que para una definición rigurosa de la categoría haya algo más que problemas. Una parcial legitimación de este proceder deriva del hecho de que muy probablemente, aunque quizá no por razón de una u otra lengua que describamos, sino por razón de quién somos nosotros (o sea: de qué es la lingüística misma), nunca podríamos prescindir por completo de la referencia a la categoría «verbo» a la hora de describir una lengua. En todo caso, aquí, si la categoría ha de conservar valor teórico, no podremos prescindir de buscar una definición rigurosa de ella. Se-

gún lo hasta aquí expuesto, el verbo es lo flexionable en aquella flexión que expresa los morfemas extensos. El que haya verbo, pues, implica algo que no es obvio y que tampoco es una consecuencia necesaria del carácter flexivo de la lengua, a saber, que la expresión de los morfemas extensos se efectúa por la flexión de un determinado flexionable de los que hay en el nexos.

Si la definición de verbo a la que acabamos de llegar es válida, entonces la plena realización de la categoría «verbo» implica que en todo nexos haya un verbo. Lo cual, a su vez, implica que ocurra al menos una de las dos cosas siguientes: que cualquier contenido léxico lo sea de algún verbo y/o que haya un flexionable *ad hoc*, con contenido léxico cero y sin otro papel que el de soporte de la expresión de los morfemas extensos¹. Este flexionable *ad hoc* es entonces lo que llamamos *verbo cópula*. Nótese que el fenómeno «verbo cópula», tal como ha quedado definido, implica, en su plena realización, que estructuralmente no haya en absoluto oración sin verbo, esto es, que los casos aparentemente sin verbo sean estructuralmente o bien algún tipo de omisión admitida en la lengua también para otras clases de palabras (elipsis o similar) o bien expresión cero de miembros determinados del paradigma del verbo cópula. Ya en latín, y seguramente en griego helenístico, el verbo «ser» (*esse, eînai*) responde por completo a este concepto, lo cual, desde luego, significa que en *omnia praeclara rara* estructuralmente hay verbo «ser», esto es, que, salvo que un contexto justifique la omisión, lo que ocurre es que se emplea la expresión cero como una de las admitidas para cierto lugar del paradigma de ese verbo (suponemos que el indicativo presente). En cambio, en griego arcaico y clásico la situación es menos unívoca, y se está en algo así como el momento final de la historia de la constitución del verbo cópula (sea cual fuere el modo en el que haya de pensarse esa historia), es decir, en algo así como el momento en el que está hecho, pero todavía no es obvio. Vale la pena recordar los aspectos en los que se percibe esa «todavía no obviedad».

En primer lugar, en griego arcaico y clásico hay, en efecto, oraciones nominales sin cópula que lo son en verdad, es decir, para las cuales sería manifiestamente forzado un análisis como el

que acabamos de indicar para el latín. En otras palabras: en griego arcaico y clásico puede hablarse con todo rigor de «oraciones nominales puras», mientras que en latín éstas estructuralmente no existen, de acuerdo con el análisis esbozado más arriba. Con el hecho de que en griego haya estructuralmente oraciones nominales puras está vinculado también el que dentro del griego hayan tenido que desarrollarse recursos para poder distinguir en todo caso la condición de adjetivo que forma sintagma con el nombre frente a la de predicado nominal, recursos como, en la prosa ática, la diferencia de posiciones del adjetivo con relación al artículo.

Si la existencia estructural de oraciones nominales puras en griego, de acuerdo con lo que hemos expuesto, significa que la presencia (y, por lo tanto, también la ausencia) del verbo cópula todavía lleva consigo, en griego arcaico y clásico, una cierta relevancia, esto mismo resulta confirmado por un segundo tipo de fenómenos a citar, a saber, la fluidez de usos en griego de ciertas formas que, si bien son formacionalmente normales, no tendrán ya correspondiente para el verbo cópula ni en el latín ni en las lenguas modernas. Es el momento de recordar fenómeno tan anómalo como la fabricación culta de una palabra en latín para dar una «traducción» al «participio» *ont-*. Evidentemente eso no es traducción alguna, en primer lugar por el hecho mismo de ser una palabra fabricada *ad hoc*, procedimiento que es la negación más tajante del traducir, pero también porque ni las posibilidades sintácticas de la forjada forma latina ni su semántica se corresponden con las del griego *ont-*, y en verdad que el hecho de que tampoco en lo semántico haya correspondencia, tratándose de un vocablo creado precisamente para que la hubiese, muestra que entretanto ha ocurrido algo grave. En todo caso, el griego *ont-* tiene todas las posibilidades sintácticas que se corresponden con su formación y, en todas ellas, es en época clásica y arcaica una palabra perfectamente normal, usual en todos los niveles, nada técnica ni específica de tipo alguno determinado de decir; en este aspecto, la diferencia con respecto a los engendros posteriores presuntamente correspondientes es bien chocante.

En tercer lugar, el verbo cópula conserva en griego arcaico y clásico una visible y documentable continuidad semántica con varios otros verbos, los cuales pueden incluso ocasionalmente tener el carácter de verbo cópula de manera tan estricta como normalmente lo hace *eînai*. El caso de *gígnesthai* y el de algunas formas de *phúein* es muy claro a este respecto, pero hay un conjunto bastante numeroso, y de límites no muy exactamente definidos, de verbos que se encuentran a veces en esa misma situación. Nótese bien lo siguiente: aun en el caso, no demostrable, de que el propio verbo *eînai*, o la «raíz indoeuropea» **es-*, hayan tenido alguna vez un significado particular, es decir, que hayan existido como significantes con anterioridad a la función de cópula, no debemos en modo alguno interpretar que las continuidades semánticas que acabamos de percibir en griego fuesen algo así como «restos» de un primitivo significado; por el contrario, lo que hay que entender es que el propio valor de cópula, en la medida en que no ha pasado todavía a ser algo obvio, en la medida, pues, en que tiene una relevancia, se interpreta al nivel de la lengua, y esto quiere decir que conecta con ciertos significados más que con otros. Esta consideración arroja también, por cierto, alguna luz sobre cómo debe tomarse el uso en griego del verbo cópula sin «predicado nominal»; está fuera de lugar la discusión sobre un presunto «valor existencial», pues el mismo valor de cópula determina qué es lo que el verbo en cuestión significa cuando la construcción le exige que tenga un valor léxico; lo que con esto queda negado no es sólo el «valor existencial», sino también el «no existencial», pues lo que se niega es que haya dos valores y, por lo tanto, la contraposición misma; o, dicho con cierta licencia de expresión, no ha lugar a plantearse la cuestión de si «existencial» o «mera cópula», porque la cópula no tiene nada de «mera».

Una de las cosas que han quedado de manifiesto en la argumentación precedente es la vinculación entre el fenómeno «verbo cópula» y el pleno funcionamiento de la categoría «verbo»; no en el sentido de que teóricamente no cupiese concebir una solución a los problemas de la categoría «verbo» sin el verbo cópula, pues se ha aceptado que también valdría el que cualquier

contenido léxico pudiese serlo de un verbo; pero es cierto que, al menos como uno de los caminos, es a la plena realización de la categoría «verbo» a lo que el verbo cópula está vinculado. Esta observación resulta ser plenamente coherente con lo que a propósito del griego (arcaico y clásico) hemos percibido en ambos aspectos. En efecto, habíamos visto que en griego encontramos de manera original el cruce de dimensiones paradigmáticas que en su momento vinculamos con la constitución de un tipo especial de morfemas y, por lo tanto, con la posibilidad de una definición rigurosa de «verbo», y ahora acabamos de ver que es también en griego donde encontramos el verbo cópula en ese estado que hemos calificado de realidad y, a la vez, todavía no obvia. En el primero de estos dos aspectos, había resultado útil la consideración del antiguo indio, en el cual encontrábamos que el cruce de dimensiones está en una situación que llamábamos de frustración fijada o aborto fijado. Veamos si la situación por lo que se refiere al verbo cópula es coherente con todo esto.

Característica notable de la situación en sánscrito clásico es que, existiendo un considerable despliegue de usos que sólo pueden entenderse partiendo de reconocer al verbo que los tiene el valor de verbo cópula, a la vez ocurre que sólo débilmente está representado este valor en su expresión primaria, pues la oración nominal, que es muy frecuente, no lleva en principio cópula y ha desarrollado ampliamente recursos que le permiten prescindir de ella. Debemos insistir al respecto en varias caras de la cuestión. Por una parte, la habitualidad de la oración nominal pura y la escasa frecuencia de la cópula en su empleo simple y primario no constituyen aquí (en sánscrito clásico) situación alguna «anterior» o «más primitiva» frente a la cópula, sino, por el contrario, un peculiar modo de desarrollo; no sólo porque sea atestiguable que evolutivamente es así, sino también —y es lo que aquí más nos importa— porque incluso sincrónicamente, estructuralmente, se percibe así en la lengua clásica, donde, como acabamos de indicar, el carácter de verbo cópula está cuando menos presupuesto. Ahora bien, eso presupuesto y de alguna manera dejado atrás en la lengua clásica tampoco es la situación de verbo cópula plenamente realizada, la que hablando del grie-

go hemos situado en el Helenismo, la que hemos caracterizado como de obviedad del verbo cópula, sino más bien una situación de no total acabamiento del proceso, algo así como una cristalización, en un corte ligeramente anterior al estado final, a partir de la cual las cosas evolucionan en otros aspectos y sentidos, pero ya sin que aquello que pudiera estar ocurriendo en la constitución del verbo cópula llegue hasta sus últimas consecuencias. Así, correspondientes antiguoindios de varios de los rasgos que en griego hemos considerado como indicadores de la «todavía no obviedad» han quedado fijados, conservados y sistematizados en el sánscrito clásico. Por de pronto el que no podamos hablar de los usos que presuponen el valor de cópula sin hablar de al menos dos verbos, uno de los cuales mantiene a la vez, y sin ruptura de la continuidad semántica, su significado léxico particular. Algo semejante ocurre en relación con la fluidez, mencionada a propósito del griego, en la constitución y empleo de ciertas palabras formacionalmente relacionadas con el verbo cópula; el sánscrito emplea comúnmente varios nombres, adjetivos y adverbios con formación vinculada a uno u otro de los dos verbos aludidos y significado relacionado con la noción de «ser» (esto es, con el del verbo cópula) en derivación semántica a menudo nada trivial. Y, recordándonos lo que dijimos de algún conjunto no muy definido de verbos en griego, varias formas nominales que contienen lexemas concretos aparecen en las construcciones nominales del sánscrito de manera tal que, traducido ello a nuestras construcciones verbales, lo que corresponde a esas formas nominales no son sino formas de nuestro verbo «ser».

Lo que acabamos de decir acerca del antiguo indio está en evidente consonancia con lo que desde el capítulo 2 venimos diciendo de la misma lengua en relación con el cruce de dimensiones de morfemas verbales. En ambos aspectos, en efecto, contemplando, por así decir, lo indio desde la consideración de lo griego, vemos algo así como que allí, en la India, cierto movimiento se detiene antes de su cumplimiento y ocurre una especie de cristalización o compromiso duradero. Pero es que, además, ambos aspectos son, en efecto, sólo eso, aspectos de un

mismo y único fenómeno. Las conexiones que así lo acreditan han quedado ya establecidas; se ha expuesto, en efecto, cómo el cruce de dimensiones es inherente a que haya más de una dimensión de morfemas extensos caracterizando el mismo segmento, cómo esto, a su vez, es requerido para que los conceptos de «nexo» y «morfema extenso» tengan eficacia descriptiva, cómo la categoría «verbo» consiste en que la expresión de los morfemas extensos se efectúe por la flexión de un y precisamente un flexionable de los que hay en el nexo, y cómo y en qué medida el efectivo cumplimiento de esta categoría comporta el fenómeno «verbo cópula».

NOTAS

¹ Complementaria, en algunos detalles, de la exposición contenida en estas líneas puede ser quizá la que al mismo respecto hay en el capítulo 3 de mi *Ser y diálogo. Leer a Platón* (Madrid 1996).

5. Transición

En lo anterior se ha hecho un cierto uso de una relativa correspondencia entre, por una parte, cierta descripción hecha en términos de nuestra contemporaneidad, a saber, hablando de nexos y de morfemas extensos, de la requerida coincidencia de más de una dimensión de cierto tipo de morfemas en la delimitación de un mismo nexo, del consiguientemente postulado cruce de dimensiones, etcétera, y, por otra parte, ciertos análisis antiguos en los que se habla de una articulación dual, de *ónoma* y *rhêma*, etcétera. Hemos dicho que nuestra referencia aquí a estos análisis antiguos es muy limitada; sería por completo inaceptable interpretar los aludidos análisis, los de Platón y Aristóteles, como referidos al «enunciado» o a la «proposición»¹. En todo caso, la admisión de que alguna correspondencia ha de haber entre aquellos viejos análisis y nuestras descripciones viene legitimada, por de pronto, por la referencia, allá, a que sólo cuando hay los dos términos hay un decir completo y, acá, a que sólo en la efectiva aplicabilidad de la descripción en cuestión están presentes por fin todos los tipos esenciales de componentes del plano del significado. En añadidura, y quizá abundando simplemente en lo mismo, dicha presunción de correspondencia queda también abonada por la siguiente tríada de hechos: ha sido nuestro propio análisis de las dimensiones morfemáticas de *tiempo* y *modo* el que nos ha proporcionado una base para la aplicación descriptiva de las nociones de nexo y morfema extenso, en el mismo análisis hemos reconocido «tiempo» en sentido griego como significado de *ambas* dimensiones, y es precisamente «tiempo» dicho en griego lo que los viejos análisis atribuyen como significado a la articulación dual en sí misma, es decir, lo que, según esos análisis, semánticamente el *rhêma en cuanto tal* «aporta» o «añade».

Parece, pues, razonable preguntarse en qué punto se encuentran o a qué pretensión pertenecen esos análisis antiguos a los que venimos refiriéndonos; tanto más cuanto que ellos mismos forman parte del *corpus* más centralmente implicado en toda la cuestión que nos ocupa, es decir, de eso que venimos llamando «Grecia arcaica y clásica»; concretamente constituyen el tramo final de eso (son, en efecto, Platón y Aristóteles). Esos análisis constituyen el momento final de cierta pretensión que es de algún modo constitutiva en toda la Grecia arcaica y clásica, y que es una pretensión desmesurada, algo así como el intento de referirse de alguna manera a lo que siempre ya hay, a aquello a lo que no hay referirse porque es lo supuesto en toda referencia, al juego que siempre ya se está jugando. El hablar de una articulación dual, de un «de qué» y un «qué», etcétera, forma parte de ese intento. Ya en otros lugares se ha mostrado² cómo en referencia al punto en que los análisis en cuestión se sitúan no cabe preguntarse si la articulación dual lo es del decir o sencillamente del tener lugar algo o el haber algo en general, esto es, si es que decirse siempre es que algo se dice de algo o es que acontecer, tener lugar o haber siempre es que, a propósito de algo, algo acontezca o tenga lugar o lo haya. Asimismo se ha mostrado cómo esos análisis están básicamente referidos a aquel modo de tener lugar las cosas en el que éstas no son tema u objeto de atención o consideración, sino que son sencillamente lo que, en efecto, dejan de ser cuando su acontecer se vuelve temático: el zapato es zapato cuando simplemente piso seguro, y se tematiza sólo cuando deja de ser zapato, por ejemplo cuando lastima o se estropea. Se ha mostrado también cómo el que aquellos análisis por su mismo contenido tomen la cosa como un «de qué» y con ello formulen la tematización no impide que se refieran a un ser no temático, sino que simplemente los sitúa en un «filo de la navaja» que de todos modos es inherente al intento mismo³: el juego que siempre ya se está jugando no puede comparecer de otro modo que en su mismo escaparse. Todo esto se ha mostrado, además, en aspectos de ello que tienen que ver precisamente con cuestiones que en nuestro actual contexto son especialmente relevantes. Por una parte, en efecto, se ha considerado el que

la relevancia misma de lo que siempre ya hay, esto es, de la distancia o del «entre», del «de ... a ...», comporta la pérdida de eso mismo, su reinterpretación desde el continuo ilimitado y descalificado, como delimitación meramente advenida sobre la base de ese continuo; y esto se ha considerado en especial a propósito precisamente de la noción de «tiempo». Por otra parte, el mismo vuelco se ha contemplado también como el hecho de que la articulación «algo de algo», que *no* es el enunciado ni la proposición, sino una interpretación de la antes mencionada presencia no temática, a la vez sea precisamente aquella interpretación en la que se cumple el que la relevancia (esto es: la condición de interpretando) es la pérdida; una vez que el «algo de algo» ya no sea un recurso en el esfuerzo de interpretación, sino que sea él mismo la cuestión (ahora cuestión de verdad o falsedad del enunciado), entonces ya no estaremos en Platón ni en Aristóteles, sino en el Helenismo⁴. Ambos aspectos mencionados del vuelco (el continuo ilimitado y el enunciado) son, en efecto, nombres de lo mismo; a destacar en este sentido el que el «algo de algo» es la última versión de la distancia o del «entre», mientras que el enunciado significa la primariedad obvia del punto o instante, que es lo mismo que la primariedad del continuo ilimitado.

Si el vuelco al que acabamos de hacer referencia puede tener aquí el aspecto de un movimiento conceptual, ello se debe únicamente a que lo que estamos haciendo aquí, como, inevitablemente, en cualquier discurso al respecto por parte de cualquier contemporáneo nuestro, es una exposición en prosa enunciativa, no a que el vuelco mismo sea algo conceptual o tenga lugar en «doctrinas» de «filósofos» o cosa parecida. Ya cuando hablamos del vuelco empleando para ello el recurso de referirnos al tiempo o al «algo de algo», a lo que nos referimos no es a doctrina alguna sobre el tiempo o sobre la *apóphansis*. Por lo tanto, no añadiremos nada en cuanto a la cosa misma, pero quizá haremos algo expositivamente útil, al anotar que *lo mismo*, eso mismo de la relevancia de lo que siempre ya acontece, eso y no otra cosa es el fenómeno *pólis*. No pensamiento alguno sobre la *pólis*, sino la *pólis* misma, con todo lo que ella comporta en todas las

materias que hay que describir para describirla; descripción que sería distinta del sugerido discurso en torno al tiempo o a la *apóphansis* únicamente en los recursos expositivos, no en la cosa; sería decir lo mismo con otros medios retóricos.

A lo largo de los capítulos precedentes habían ido apareciendo como aspectos de un solo y único fenómeno cosas como la aplicabilidad descriptiva fuerte de los conceptos de nexo y morfema extenso, el cruce de ciertas dimensiones morfemáticas de morfemas extensos, el significado de «tiempo» de esas dimensiones, el «verbo» en el pleno sentido de esta categoría; finalmente hemos relacionado todo ello con la estructura «enunciado» o «proposición», es decir, con eso que en alemán se llama *Satz* y en inglés *sentence* y que aquí llamaremos *oración*. El punto final de cierto movimiento o acontecimiento es que la estructura lingüística sea plenamente *oracional*, y esto comporta dos cosas inseparables la una de la otra, a saber: que, en efecto, hay oración en sentido pleno y que la oración es la estructura básica del decir. Tanto por lo que se refiere a «verbo» como por lo que toca a «oración», decimos «en sentido pleno» para referirnos a aquel sentido para el cual encontramos una definición fenomenológicamente precisa. Los usos menos exigentes de «verbo» y «oración» deben considerarse traslaticios, es decir: no responden a alguna otra definición que, aunque más amplia, siguiese siendo precisa, sino que simplemente relajan el uso de la noción lo necesario en cada caso para hacerla pragmáticamente útil en la descripción de aquella estructura lingüística que se trate de describir; proceder quizá inevitable en el campo de la descripción lingüística como en otros, pero es importante saber que se trata de eso y no de que haya en general una definición de «verbo» y de «oración» que tuviese un mismo y único tipo de legitimidad en la descripción de cualesquiera estructuras lingüísticas. En eso que hemos llamado el «sentido pleno», una oración comporta siempre un verbo, y, si no hay motivo léxico para que figure un verbo con contenido léxico concreto, entonces hay el verbo cópula; si en este modelo se quiere dar algún sentido a la expresión «oración nominal», habrá que llamar así a la oración cuyo verbo es el verbo cópula, justificándose entonces la adjetivación de

«nominal» únicamente por el hecho de que el contenido *léxico* de la oración está expresado por nombres o similares; los casos de oración «nominal» supuestamente sin el verbo cópula son meramente casos en los que este verbo se omite por cualquiera de las razones que pueden en general autorizar en la lengua a dar por entendido un significante que materialmente no está.

Ya hemos indicado en capítulos anteriores la doble situación del griego antiguo por lo que se refiere al modelo que acabamos de esbozar, duplicidad que, en efecto, se corresponde con el «filo de la navaja» que hemos venido mencionando y que ahora mismo acabamos de recordar. El modelo oracional *resulta de* Grecia, pero, o más bien quizá por eso, Grecia misma, el griego arcaico y clásico, no está del todo *dentro* de ese modelo. De ahí que, para el griego arcaico y clásico, no podamos aplicar lo que acabamos de decir sobre oraciones «nominales», o sea, que no podamos prescindir de reconocer algo así como oraciones nominales «puras», esto es, en las cuales no hay justificación alguna para «sobrentender» un verbo. En rigor y con arreglo a lo que hemos expuesto, «oración nominal pura» es una contradicción; ahora bien, esa contradicción es la misma que hay en el hecho, también apuntado con anterioridad, de que el verbo cópula lo sea teniendo a la vez, y no como resto de alguna situación anterior, sino precisamente como todavía-no-obviedad de la propia función de cópula, una posible relevancia léxica, incluso relaciones de sinonimia y aun de intersubstituibilidad en ciertos contextos con verbos que tienen significados léxicos concretos; es la contradicción que hay en que el griego (arcaico y clásico) está-y-a-la-vez-no-está en el modelo oracional, constituye algo así como la *producción de* o la *llegada a* ese modelo, no en el sentido de una mera situación intermedia, sino en el de la mencionada relevancia y todavía-no-obviedad.

En los mismos capítulos en los que hemos expuesto aspectos concretos de esta peculiar situación del griego, hemos hecho ver, en aspectos diversos y en sentido coincidente en unos y otros de ellos, que lo que hay en antiguo indio puede entenderse como una evolución, ciertamente, diferente (por lo tanto sin que tenga sentido hablar de situación «más primitiva» ni «más avanza-

da»), pero a partir de un cierto nivel de cumplimiento de aquel mismo movimiento que en griego llegará hasta su final. Cuando decimos «evolución» y «a partir de», lo que nos importa no es el posible significado diacrónico de esas palabras, sino más bien el cómo tenemos que estructurar las nociones para entender el material; lo que hay en antiguo indio presenta el aspecto de un ulterior desarrollo en el que se da por supuesto –se deja atrás– un cumplimiento substancial, pero inacabado, del movimiento que por la vía del griego acabará en el modelo oracional. Entretanto ha quedado dicho que ese movimiento es *el mismo* fenómeno que, con otro artificio expositivo, presentamos interpretando ciertos textos o describiendo el fenómeno *pólis* o las artes plásticas. Queda con todo ello sugerido, por lo que se refiere a la comparación entre Grecia y la India, que, en todo eso de la relevancia como pérdida, etcétera, que viene ya de investigaciones anteriores y que ahora acabamos de relacionar a la vez con la constitución del modelo oracional y con todo lo demás, pudiera el acontecer de la India antigua representar también en otros aspectos lo que en capítulos anteriores esbozamos en relación con la lengua, a saber, cierta cristalización o compromiso duradero que detiene o fija lo que de otro modo sería la ruptura «a la griega». No es este el momento de dar contenido a esta hipótesis. Pero quizá quepa enlazar con ella, y en especial con las consideraciones lingüísticas que nos la han sugerido, cierta experiencia de la investigación del último siglo y medio. Es bien sabido que ciertas sugerentes comparabilidades entre el griego y el antiguo indio encandilaron bien pronto –y de manera fecunda– a los investigadores y fueron estímulo en el desarrollo de la lingüística indoeuropea, lo cual comportó de hecho que el «indoeuropeo común» reconstruido en las primeras décadas de este siglo fuese mucho más indio y un poco más griego de lo que hoy, con bastantes más datos, podríamos admitir. Aquí se toca con los dedos lo que indicamos en el capítulo 1 sobre el verdadero significado del modelo genético-diacrónico en la lingüística comparativa. Las sugerentes comparabilidades siguen siéndolo, pero se ha visto que el modo adecuado de presentarlas no puede ser (o no puede ser en toda la medida que se había pensado) el substanti-

var un «común» en el sentido de un estado anterior común de la lengua. Más aún si se acepta que algo que ocurre en la lengua, y con lo cual tienen que ver en positivo y/o en negativo las sugerentes comparabilidades, pudiera ser *lo mismo* que constatamos en otras investigaciones en principio no clasificadas como lingüística; porque entonces, en efecto, lo común no tiene por qué substantivarse en la figura de un «estadio primitivo»; simplemente, algo que ocurre, en un lado ocurre en efecto hasta el final, mientras que en el otro lado se encuentra una fórmula de compromiso duradera.

NOTAS

¹ Algo sobre esta cuestión en mis libros *Ser y diálogo. Leer a Platón* (1996) y *Historia de la filosofía antigua* (1995).

² *Ibid.*

³ *Ibid.* El «filo de la navaja» es toda la Grecia arcaica y clásica. El explícito «algo de algo» como modelo interpretativo (es decir: Platón y Aristóteles) es algo así como el borde extremo del filo de la navaja, lo último de él.

⁴ Las nociones de «enunciado» y «verdad o falsedad del enunciado», tal como se las emplea aquí, no prejuzgan sobre si se distingue o no (y cómo) entre un estatuto de enunciado «cognoscitivo» y uno de enunciado «práctico» o «decisorio». Conocimiento y decisión caen en principio en igual medida bajo la noción de enunciado.

6. ¿Fuera del modelo oracional?

Según lo expuesto en los capítulos precedentes, es en el Helenismo, no antes, cuando el modelo oracional es ya estado alcanzado, esto es, cuando se ha vuelto obvio. El modelo oracional constituye la interpretación helenística de qué es en general una lengua. Todavía diremos más cosas, algunas en planos de la lengua distintos de los tratados hasta aquí, acerca de las implicaciones de ese modelo. Pero debemos ya decir que la interpretación basada en el modelo oracional, la interpretación helenística, determina también la recepción y transmisión de textos que en origen seguramente no estaban bajo esa interpretación. Así, los textos que están incluidos en la Biblia hebrea y hebreo-araméa son en su gran mayoría anteriores al Helenismo; no es en cambio, por de pronto, la Biblia misma (hebrea y hebreo-araméa) como tal; y esto, que de entrada se refiere directamente a la delimitación más o menos estricta de un conjunto canónico de textos (la cual es en efecto de época helenística, no anterior), concierne en realidad a muchas más cosas, incluso a algunas especialmente relacionadas con nuestra problemática y a las que habremos de referirnos más adelante. Sin embargo, el orden expositivo que hemos elegido nos hace centrar primero la atención en ciertas construcciones que encontramos en el hebreo bíblico meramente como hechos de lengua. Debemos también pedir a aquellos lectores que ya sepan del asunto que por unos momentos dejen en la indefinición el si los (a primera vista) paralelos que algunas de las construcciones que mencionaremos tienen en situaciones lingüísticas posteriores (por ejemplo en árabe clásico) son o no en efecto estructuralmente lo mismo que esas construcciones; entraremos en ello en su momento.

Consideremos en primer lugar la construcción que las gramáticas suelen llamar «oración nominal compuesta» y describen como un “S\ P” donde P sería a su vez una «oración» y S un nombre que en P podría ir o no expresamente recogido por un fórico, es decir, algo así como “Yahweh\ en la tempestad el camino (de él)” cuya traducción trivial sería “El camino de Yahweh es en la tempestad” (en el ejemplo la «oración» que hace de P es a su vez «nominal»). La presencia de esta construcción permite a las mismas gramáticas, para cualquier oración, un tipo de análisis que, en la medida en que tenga algún significado sincrónico (y no meramente etimológico), esboza, lo pretenda o no, un cuestionamiento del modelo oracional mismo. Es aproximadamente lo que a continuación resumimos y se refiere a cualquier oración. Si el «sujeto» va en cabeza, entonces la oración es directamente interpretable como «nominal compuesta»; quedan, pues, como de momento «verbales» sólo las «oraciones» con lo que es el orden normal, a saber, el «verbo» en cabeza; ahora bien, en éstas un presunto «sujeto» que viniese después del «verbo» sería en realidad epexegetis al verdadero «sujeto», el cual no es otro que cierto elemento, digamos «pronominal», que el «verbo» mismo por su formación contiene; en la medida en que esto quiere representar alguna «historia», diacronía e etimología, la reducción a «oración nominal» queda apuntada en primera instancia para la conjugación aformativa (el «perfecto», en el cual el elemento al que se añaden los citados formantes sería originalmente nominal), mientras que a la preformativa (el «imperfecto») suele atribuírsele un carácter «verbal» más antiguo. No entraremos a discutir esto último, pero sí señalaremos que en el «verbo» hebreo (y en el arameo) la oposición fundamental es la que hay precisamente entre la conjugación aformativa y la preformativa, con lo cual, si el análisis que se ha esbozado tiene algún valor en la interpretación sincrónica, entonces ha de tenerlo en igual medida para ambas conjugaciones. Hay en la gramática del hebreo (y en la del arameo) rasgos que abonan la atribución de algún significado sincrónico a lo dicho, y, en todo caso, es bien claro tanto el carácter central de la «oración nominal» como el hecho de que ésta es, en efecto, estrictamente no-

nominal, es decir, no hay nada que se corresponda con lo que para otras lenguas llamamos «verbo cópula». El que para nuestra gramática, basada ineludiblemente en la noción de oración, la observación de cierta lengua induzca la tendencia a explicar toda oración desde la oración nominal, significa que en el fondo lo que se está reconociendo es la pérdida de valor descriptivo de la estructura oracional misma en beneficio de algo así como otro modelo, que en el caso que nos ocupa podríamos quizá caracterizar provisionalmente como el modelo de la *mención* con un procedimiento de remisión de unas menciones a otras. Esto se verá mejor si a continuación consideramos lo que es en el propio hebreo bíblico una construcción bastante frecuente, a saber, una llamada «oración nominal trimembre» en la que, además del «sujeto» y el «predicado», hay un fórico; algo así como “yo\ él\ vuestro consolador” o “espíritu\ él\ en el hombre” (traducciones triviales: “yo soy vuestro consolador” y “espíritu es en el hombre”). Si es oración todo lo que la gramática considera oración en las construcciones arriba mencionadas, y en particular si lo es la que ejerce de P en una «oración nominal compuesta», entonces no se ve por qué no habría de serlo también la conexión del fórico con uno u otro de los restantes dos términos en el tipo «trimembre» que ahora acabamos de mencionar. Con todo ello y más cosas, el uso del concepto «oración» se vuelve demasiado convencional, y, aunque seguramente no habrá más remedio que seguir recurriendo a él una y otra vez, debemos reconocer que es más sobrio y fenomenológico hablar de otra cosa, a saber, de menciones y menciones complejas, cuya complejidad reside, no sólo ni siempre, pero sí de manera común a los casos citados, en que en la mención se incluye un fórico, esto es, algo que desde dentro de la mención señala a otra mención próxima. Esta línea de interpretación parece confirmarse por el hecho de que en la lengua de la que ahora tratamos (como en algunas otras) desempeña en efecto un papel central la fina reglamentación sintáctica de la *mención compleja*. El elemento clave es la figura de la *rección nominal*, que, como es sabido, comporta para el nombre en la situación de *regente* una forma peculiar (el llamado estado constructo) junto con la neutraliza-

ción, por lo que se refiere al regente mismo, de la oposición de determinación, de manera que la construcción en su conjunto es determinada si y sólo si es determinado el *regido*.

Ni lo que de hecho citamos ni nada que pudiéramos citar como estructura diferente de la oracional constituye nada que pudiese parecerse a una «situación más primitiva» en comparación con el modelo oracional, ni éste, por su parte, es nada «más avanzado» o «más evolucionado». No cabe usar tales predicados, porque no hay ninguna diacronía universal; sólo por referencia a algún proceso o acontecimiento determinado, suficientemente definido, puede quizá llegar a decirse que él en tal o cual situación está más o menos avanzado; nunca que la situación misma sea más avanzada o más primitiva. De hecho podemos, en comparación con el hebreo, constatar cómo el esbozado modelo basado en la mención y en la estructura sintáctica de la mención se encuentra en alguna otra lengua de manera más sistemática, más consecuente y, por lo tanto, en su línea, más avanzada, pero precisamente en su línea, es decir, sin que ello signifique aproximación alguna al modelo oracional; es un avance, pero en otra dirección. Hasta aquí hemos visto, en efecto, cómo en el hebreo bíblico hay una caracterización morfológica para la condición de regente, y ello nos ha obligado a citar cómo cierto morfema, a saber, la determinación, está en interferencia con aquella caracterización. Con todo, sigue habiendo dos oposiciones morfológicas, la de estado absoluto y estado constructo y la de determinado e indeterminado, distintas la una de la otra. En cambio, el arameo¹ ha hecho que el paradigma del estado incluya en sí mismo la cuestión de la determinación. No es ni sólo ni fundamentalmente que el modo de expresión de la determinación ya no sea el «artículo», sino una «desinencia». Lo verdaderamente importante es, primero, que hay un solo paradigma de tres miembros (digamos: los estados constructo, absoluto y determinado), y, segundo, que en ese paradigma el miembro cero es el estado constructo; puede verse, en efecto, que la regla de formación de las expresiones implica un orden bien marcado: se parte del estado constructo singular, a partir de él se generan los estados constructos dual y plural y, luego, a partir de todos y cada

uno de esos constructos, mediante un paso que es el mismo para todos ellos, se obtienen los correspondientes estados determinados; la regla de formación para el estado absoluto es un poco menos unitaria, pero no desmiente lo dicho sobre el orden. Tendremos ocasión de comparar esta sistematización con otra de signo distinto.

Cuando, a propósito de otras lenguas que las ahora tocadas, hablábamos de un verbo cópula, hubimos de salir al paso de la presunta cuestión del «valor existencial» en eso que allí era el tal verbo. Dijimos que el problema mismo se basa en que no se pregunta cuál es el significado de la cópula misma como tal, de modo que se deja ésta en «mera». En todo caso, una vez que esa discusión existe, resulta coherente el que, cuando una concepción similar aparece en la investigación a propósito de algo del hebreo y el arameo, lo concernido sea el tipo de entidad que en efecto es; por de pronto no un verbo, sino un nombre, y precisamente uno (o varios) cuyo uso tiene una especial relación con la citada sintaxis de la mención compleja. Para definir el peculiar carácter de ese nombre puede partirse de la noción de un regente al cual el contenido léxico quiditativo tuviese que venirle dado por el regido, esto es, de manera que el regente por sí mismo sólo significase algo así como el haberlo o no haberlo, la presencia o ausencia, o bien alguna otra noción de este tipo, como la permanencia. El regido puede ser un fórico (como puede suceder para cualquier regente), y entonces el contenido léxico quiditativo lo da la mención a la cual remite el fórico. Y también puede ocurrir (como con cualquier situación sintácticamente igual) que la referencia a otra mención sea evidente sin necesidad de fórico; en tal caso a nosotros, desde nuestra gramática, el término «de existencia» nos parecerá un «predicado», pero eso es nuestro problema. Si el regido es A y en el contexto inmediato hay un B que, por las razones que sea, deba entenderse como referido a A, entonces lo que se estará poniendo en situación de presencia o ausencia o similar será A-con-el-carácter-de-B, o sea, para nosotros, «que A es B», con lo cual a nosotros (pero sigue siendo nuestro problema) el término «de existencia» se nos parecerá mucho a la «cópula». Y todavía hay

otras posibilidades, vinculadas a la diversidad de figuras sintácticas que pueden aparecer en la situación de regido o en torno a ella.

Todavía, entre las muchas ilustraciones que podrían hacerse de lo mismo, queremos, por razones expositivas, seleccionar una en particular. Lo que gramaticalmente quizá no haya más remedio que relacionar con nuestro «pronombre relativo», en hebreo y en arameo no tiene nada de pronombre ni de relativo. Aun cuando se aceptase la estructura oracional, no se encontraría dato alguno perteneciente a la lengua en cuestión que avalase la atribución al «relativo» de uno u otro papel determinado dentro de «su oración», y tampoco se encontraría hecho alguno de la misma lengua por el cual se especificase un «antecedente». El llamado «relativo» es meramente un insertor; simplemente advierte de que algo que viene a continuación tiene, en relación con la secuencia circundante, el carácter de un inciso. Las conexiones dentro de lo insertado no cuentan para nada con el insertor mismo, y, si es necesario expresar positivamente la referencia a algo que está fuera, se hace de la misma manera que en cualquier otro trozo del texto, es decir, mediante un fórico. Y también en esto se confirma que cabe una sistematización que no comporte acercamiento alguno al modelo oracional; el arameo, en efecto, ha desarrollado el uso de su insertor hasta algunas funciones que nadie podría entender a partir de la noción de un «relativo» y que, sin embargo, son en efecto consecuentes con la del insertor.

NOTAS

¹ Siempre que hablamos aquí de arameo, nos referimos al arameo antiguo, es decir, tanto al bíblico como a la situación lingüística que lo enmarca, incluyendo también lo simultáneo o anterior, pero no lo posterior.

7. En la vertiente fonológica

Hemos contemplado, en particular en los capítulos 2 a 4, algunos hechos que relacionan determinadas situaciones lingüísticas con cierto proceso o acontecimiento o vuelco cuyo resultado deja establecido, y ya con el estatuto de lo obvio, eso que hemos llamado el modelo oracional, el modelo *Satz* o *sentence*. La peculiaridad de las situaciones lingüísticas en cuestión está vinculada precisamente al vuelco mismo, no a nada anterior o posterior a él. Por lo tanto, además de que no podemos saber en cuántas y cuáles otras situaciones lingüísticas podríamos —si las estudiásemos adecuadamente— reconocer de alguna manera el mismo vuelco, tampoco podemos, en lo que concierne a las situaciones lingüísticas en las que percibimos un contraste o alteridad frente a las marcas del vuelco, saber si lo que ocurre es que éste simplemente no ha tenido lugar, o que queda tan lejos hacia atrás que hasta sus lejanos ecos se han perdido, o incluso que quizá lo haya y no hayamos dado con las categorías necesarias para percibirlo.

Positivamente hemos mantenido que en el griego arcaico y clásico lo que hay es precisamente el vuelco, y que, por su parte, el antiguo indio evoluciona a partir de una especie de fijación o compromiso que detiene el vuelco antes de su cumplimiento. También hemos insistido en que lo que esto pudiera significar de «común» a una y otra de esas lenguas no tiene nada que ver con el parentesco genético. Esta última observación es válida incluso para los aspectos que ahora vamos a introducir en el juego.

En ciertas lenguas, por de pronto el griego (arcaico y clásico) y el antiguo indio, ciertas entidades tienen en su definición un rasgo que solemos llamar «cantidad», pero en el que lo esencial es precisamente que no se trata de cantidades, esto es, de cortes

en un continuo, sino de relaciones numéricas cualificadas, en principio 1/2, una «larga» equivale a dos «breves»; solemos representarnos físicamente esto como duración o cantidad «en el tiempo», pero lo esencial es más bien el que ciertas cosas que pertenecen a la estructura de la lengua funcionan y se resuelven contando con que, en efecto, una «larga» equivale en cierta magnitud (llamada «cantidad») a dos «breves». Asumamos, al menos por un momento, que lo que es «largo» o «breve» son las sílabas. Pues bien, en ciertas lenguas, y sigue siendo el caso de las dos citadas, la cantidad de las sílabas *no* depende de la posición de, por ejemplo, el acento de palabra, sino que está dada por la propia secuencia de fonemas; ello se debe a que ciertos fonemas tienen, en la definición fonemática de cada uno de ellos, rasgos que, dada la secuencia de fonemas, se traducen según una regla fija, propia de cada lengua, en ciertas «cantidades» de las sílabas; más concretamente, en el caso de las dos lenguas citadas, los fonemas llamados «vocales» están definidos fonemáticamente en cuanto a la «cantidad», y precisamente en los mencionados términos de breve/larga como 1/2, y cierta regla hace depender de la «cantidad» de las vocales y de la secuencia de consonantes la «cantidad» de las sílabas. Nótese que hemos establecido para ciertas lenguas la independencia de la «cantidad» con respecto al acento de palabra, no, en cambio, la recíproca. Si propusiésemos también esta última, entonces la clase, dentro de las lenguas de las que estamos hablando, quedaría reducida al védico y, a lo sumo, una fase temprana del sánscrito. Estableciendo, en cambio, del acento con respecto a la «cantidad», no la independencia, sino sólo la ausencia de determinación, admitiendo en cambio la limitación de posibilidades de lo uno en función de lo otro, entonces sigue quedando fuera el sánscrito clásico (que tiene una ley que determina unívocamente la posición del acento en función de la secuencia de las cantidades de las sílabas), pero queda dentro el griego¹. A la hora de decidir cuál de estas definiciones es relevante aquí, importa el que la limitación de opciones para la posición del acento, aun siéndolo en función de «cantidades», no lo sea en el sentido de atraer el acento hacia uno de los dos tipos «cuantitativos» de sílaba o de vocal; y, en

efecto, no lo es en el caso del griego; esto es importante porque significa que el acento no actúa mecánicamente sobre la vocal o sílaba que lo lleva ni sobre sus vecinas, no fortalece ni debilita, no es «dinámico». Nos quedamos, pues, con las siguientes clasificaciones: una clase A incluiría aquellas situaciones lingüísticas en las que la «cantidad» no depende de la posición del acento (sin prejuzgar sobre la dependencia en el sentido contrario), y, dentro de esa clase, una subclase AA abarcaría las situaciones lingüísticas en las que tampoco hay, de acento con respecto a «cantidad», dependencia alguna que asocie el acento preferentemente a una de las dos «cantidades». A la subclase AA pertenecen el griego, el védico y seguramente el sánscrito temprano; a la clase A, pero no a la subclase AA, digamos, pues, a la subclase AnoA, pertenece el sánscrito clásico. A la subclase AA corresponde una realización «no dinámica» (en el sentido dicho) del acento, mientras que un acento «dinámico» debe en principio situar la lengua fuera de la clase A y solamente no lo hace en la medida en que existe una clasicidad normativa que modera el aspecto «dinámico»; esto último es la subclase AnoA, la cual por algo es la de lenguas «clásicas» en el sentido de deliberadamente cuidadas (el griego clásico no es clásico en este sentido).

La coherencia de características fonológicas que nos ha servido para definir lo que hemos llamado la subclase AA presenta por el momento una posición que se corresponde estrictamente con la de la coherencia de características morfosintácticas que en capítulos precedentes habíamos relacionado con lo que describíamos como el vuelco, la relevancia que es a la vez la pérdida, etcétera. Incluso, tal como ya ocurría allí, sucede también aquí que no hay razón para substantivar diacrónicamente los aspectos de alguna manera comunes, en otras palabras: no hay fundamento para afirmar que eso sea indoeuropeo. Y tampoco es de manera general un estadio «más antiguo» o «más reciente» que otros ni etapa alguna de especie alguna de presunta diacronía general o universal. En particular nos interesa destacar que también por el lado ahora descubierto tiene su expresión aquello de que la relevancia es a la vez la pérdida, es decir, el que inmediatamente después ya no; e incluso el que en alguna parte el pro-

ceso resulte detenido por la persistencia en una especie de compromiso duradero; la subclase AnoA representa algo que sigue a un compromiso de ese tipo. Es el momento de anotar que el intento de algo así tuvo lugar también en Occidente. Por de pronto ya la clasicidad latina es el esfuerzo por interpretar la lengua en los términos de la subclase AnoA y de lo que a ella corresponde en los demás aspectos; esfuerzo, sin embargo, relativamente superficial y transitorio si lo comparamos con el continuado y sólido esplendor del sánscrito. Todavía hay otro intento, del que hablaremos.

NOTAS

¹ No es este el lugar adecuado para el detalle de demostrar la improcedencia de una eventual objeción referente al dialecto lesbio y la baritonesis.

8. ¿Dentro del modelo oracional?

Cuando adujimos algunos fenómenos lingüísticos del hebreo bíblico y del arameo, que allí aparecían como lenguas externas al modelo helenístico, hubimos de decir que esta caracterización sería errónea si pretendiese referirse al conjunto dentro del cual comparecen –para nosotros irreversiblemente– los materiales lingüísticos en cuestión. Indicábamos ya entonces que no es sólo la delimitación del conjunto de textos, sino que el problema concierne incluso a aspectos mucho más próximos a lo puramente lingüístico. Aun después de dicha delimitación y de una básica fijación de la literalidad del texto, cosas ambas que ocurren por los alrededores de la era cristiana, del proceso de recepción siguen formando parte operaciones que tienen que ver con lo lingüístico en sentido estricto. Por ejemplo, el texto del que acabamos de decir que queda fijado en pleno Helenismo es, desde luego, texto escrito y lo es en proceder que no escribe en general las vocales, sino que meramente consigna, de algunas de ellas, ciertos rasgos que funcionalmente asimila a la presencia de determinadas consonantes y que, por ello, escribe con signos de consonantes. El hebreo había dejado de ser lengua normalmente hablada (incorporándose sus hablantes al espacio común arameo) considerablemente antes de los comienzos del Helenismo. Y, aun entrado éste, la exigencia de fijar por escrito todas las vocales tardará en ser efectiva y no se hará valer por separado, sino sólo en el marco de todo un conjunto de operaciones de recepción y lectura. En éstas funcionará como guía cierto modelo referente a qué es en general una lengua. Lo que está en juego es, desde luego, la homologación de aquellos materiales según lo que hemos llamado el modelo helenístico de lengua; pero el hecho lingüístico que ahora actuará como portador del

modelo ya no será directamente el griego helenístico, sino un juego de influencias bastante complejo y, finalmente, el árabe clásico. Esto necesita de alguna exégesis.

Para empezar por lo que quizá sea lo más inmediatamente visible, fonológicamente el árabe clásico parece, aun con dudas sobre cuestiones de detalle, responder en general a lo que en el capítulo 7 hemos definido como la subclase AnoA, mientras que el hebreo y el arameo quedan fuera de la clase A. Insistimos en lo ya dicho entonces de que la cuestión no es de cómo se pronunciase físicamente, sino de si ciertas entidades funcionan a los efectos de la estructura de la lengua. Dicho esto, es claro que la subclase AnoA comporta, por ejemplo, la exigencia de definición fonológica estricta de las vocales y de que esté definido qué vocal es la que hay en cada punto potencialmente vocálico de la secuencia. En el árabe clásico se encuentra tanto esto como rasgos morfosintácticos que, según expusimos en el capítulo 7, son coherentes con ello. Ya hemos dicho que el modelo así presente opera como concepto de la lengua sobre la recepción del hebreo y el arameo bíblicos. El hecho de que también la práctica usual del árabe limite la escritura generalizada de las vocales a ciertos textos muy cualificados no invalida nada de lo que acabamos de decir, pues lo importante es que sea precisamente en la época de referencia cuando se hace valer la exigencia de *poder* escribir todas las vocales. Ahora bien, si todo esto tiene que ver con cierto modelo operante también en el terreno morfosintáctico, cabe preguntarse de dónde le viene al árabe mismo ese modelo, o, si se prefiere decirlo así, de dónde viene la propia constitución del árabe clásico. La pregunta es tanto más justificada por cuanto la mayor parte de los rasgos concernidos suelen ser explicados como «conservación» en árabe de cosas que, ya en una fecha muy anterior, se habrían «perdido» en hebreo y arameo. Así, por ejemplo, al «conservar» las vocales y sus «cantidades», el árabe «conserva» también ciertas desinencias y, por lo tanto, ciertas categorías. Desde el punto de vista de lo que aquí tenemos que decir, no hay nada en contra de estas explicaciones; simplemente ocurre que las mismas no son otra cosa que el enfoque genético-evolutivo, el cual, por definición, no da respuesta a las cues-

tiones que aquí se plantean; o, dicho de otra manera, la evolución de la que algo materialmente resulte no nos dice, en principio, nada acerca de qué es ese algo en cierto momento, o sea, de qué papel desempeña dentro de la estructura que constituye ese momento, o, dicho todavía de otra manera, de por qué ese algo en cierto momento interesa y desempeña un papel. Si planteamos por lo que se refiere al árabe clásico la cuestión de la procedencia del modelo, no lo hacemos en sentido genético-evolutivo, puesto que la pregunta se refiere al modelo mismo, esto es, no a los materiales que emplea, o, si se quiere decirlo así, no a los elementos que desempeñan un papel, sino al papel mismo. Ilustraremos esto a continuación.

Hablando, en el capítulo 6, de la centralidad que en hebreo y en arameo tiene la mención compleja y, por lo tanto, la reción nominal, vimos cómo la yuxtaposición y consiguiente interferencia entre esa estructura y el morfema de determinación, que encontramos en hebreo, es resuelta por el arameo integrando la determinación en el paradigma del estado, en una sistematización que nos sirvió para ilustrar la tesis de que la distancia con respecto al modelo oracional no tiene nada que ver con «más primitivo» o «más avanzado». También en árabe se tiende a unificar en un mismo sistema determinación y estado, pero, mientras que en arameo es el estado el que absorbe la determinación, en árabe la tendencia es la opuesta: la determinación es una categoría independiente, mientras que del estado quizá pudiera incluso prescindirse en la formulación gramatical y, en todo caso, de aparecer, será una noción secundaria, cuya aplicación es siempre consecuencia de las reglas concernientes a otros fenómenos, en particular a la determinación; la propia relación regente-regido está significada centralmente por otro recurso, del que en seguida hablaremos; por de pronto precisemos la comparación que habíamos iniciado: tanto el arameo como el árabe sistematizan, pero el primero lo hace en el sentido de reforzar la centralidad del estado, esto es, de la sintaxis de la mención compleja, el segundo, en cambio, en el de quitar a esa sintaxis la condición de categoría autónoma; la significación de esta diferencia para nuestro análisis deriva de que al carácter

central de la sintaxis de la mención compleja habíamos llegado precisamente en la búsqueda de una caracterización de la distancia frente al modelo oracional; la sistematización del arameo confirma esa distancia, la del árabe al contrario.

Más en la misma línea. La mencionada pérdida de centralidad de la sintaxis de la mención compleja tiene que ver con que aun la rección nominal misma ya no es en árabe un estado del regente (el cual, salvo unos pocos contextos morfemáticos, tiene la misma forma que cualquier determinado), sino que es un morfema de dependencia por parte del regido, a saber, un «caso», el llamado «genitivo». Ya sabemos que la explicación genético-evolutiva es que el árabe «conserva» el caso, mientras que el hebreo y el arameo lo «perdieron». Nada en contra, pero recuérdese que la conservación o la alteración de las que habla el estudio evolutivo no comportan en manera alguna que lo resultante sea, en definición estructural, lo mismo que lo de partida; por lo tanto, la mencionada explicación no nos dice nada sobre qué son los «casos» del árabe. De hecho, lo que son estos últimos, lo que son dentro del árabe clásico, sólo puede decirse recurriendo al modelo oracional. Concretamente el «genitivo» es el caso de aquello que depende de otro en el sentido de que no puede ello mismo ser miembro de oración, sino que sólo en la dependencia con respecto a eso otro entra, como dependiente, en un miembro de oración; a diferencia del «acusativo», que es el caso de lo ciertamente también dependiente, pero en calidad de miembro de oración ello mismo, mientras que el «nominativo» es el caso sin marca expresa de dependencia.

Así, pues, comparado con el hebreo y sobre todo con el arameo, el árabe clásico substituye la sintaxis de la mención compleja, en la que la categoría central es el estado, por otra, de base oracional, en la que la rección nominal se expresa mediante el caso «genitivo» en el regido. Que esto último significa en efecto una desarticulación de la sintaxis de la mención compleja puede ilustrarse mediante lo siguiente. Al ser la rección nominal significada en el regido por un caso que significa aquella dependencia consistente en que lo dependiente no puede por sí mismo ser miembro de oración, queda uniformizado con la rección no-

minal todo lo que tenga ese tipo de dependencia, incluidas dependencias para las cuales no es posible que la oposición de determinación quede neutralizada en el regente, como, por ejemplo, la especificación de en qué respecto es válida cierta aposición calificativa (“niña bella en lo que se refiere al rostro” o “bella de rostro”); en tales casos, según la regla básica de la rección nominal, que hemos mencionado a propósito del hebreo y del arameo y que en principio opera también en árabe, el calificativo en aposición (“bella”) quedaría neutralizado en cuanto a la determinación, la cual, para la construcción en la que él es regente, sería la del regido (que en el cliché que citamos es determinado), cuando, por otra parte, para que haya aposición, es preciso que lo apuesto (“bella” o “bella de rostro”) concierte en determinación con el nombre al que se apone, siendo así que la determinación exigida por esta última condición no tiene por qué coincidir con la resultante de la antes mencionada regla; el árabe, como es sabido, resuelve este problema suyo rompiendo para esa situación la regla básica de la rección nominal y haciendo que el calificativo en cuestión, pese a ser regente, mantenga un signo de determinación (el llevar o no el artículo), o sea, que la construcción regente-regido porte una determinación distinta de la del regido.

Tratamiento aparte merece, y lo tendrá en próximo capítulo, la cuestión de los «verbos de existencia». Entretanto tenemos ya razonables indicios para ir sospechando que lo que constituye el árabe clásico tiene que ver con eso que hemos llamado el modelo oracional o el modelo helenístico. Seguramente se trata de algo más fuerte que simplemente el que el árabe, por el hecho de llegar más tardíamente a la existencia literaria y pública, esté «dentro de» cierta órbita; seguramente el fenómeno árabe clásico tiene un significado más reflexivo, más vinculado a una respuesta a problemáticas que derivan de la propia obvedad del modelo oracional, y no cabe excluir que en ello desempeñe algún papel la medida en la que aquel «dentro de» no sea pura y simplemente dado, sino que tenga que, en efecto, producirse (algún probable ejemplo aparecerá en capítulo posterior).

La selección de puntos gramaticales ilustrativos que en el capítulo 6 efectuamos a propósito del hebreo y el arameo hace que ahora resulte aclaratorio percibir el carácter diferencial de sus presumibles paralelos en árabe clásico. Para algunos ya lo hemos hecho en este mismo capítulo. Completemos con otras dos ilustraciones. El tipo de «oración nominal trimembre» que citábamos en el capítulo 6, al menos a primera vista, tiene su paralelo en algo que es normal en árabe; y, sin embargo, aquí el fórico ha adquirido una función estrictamente oracional, que podemos describir como la de establecer que la relación de los otros dos términos es precisamente la de sujeto y predicado, no la constitutiva de un grupo nominal; resulta entonces que el papel de ese fórico es lo más parecido que hay en árabe a nuestra «cópula». La otra ilustración, por el momento, se refiere a lo que dijimos en el capítulo 6 sobre un presunto «pronombre relativo»; en árabe sí que hay hechos de la lengua misma que permiten definir un papel de cada uno de los términos en una y/u otra de las dos oraciones implicadas en la construcción, aunque esa definición resulta ser muy diferente de lo que es una «oración de relativo» en cualquiera de las lenguas a las que estamos acostumbrados.

9. El verbo «de existencia»

En su momento, como muestra de que la Grecia arcaica y clásica (incluido Aristóteles mismo) está en cierto vuelco y no después de él, de que allí es problemático lo que inmediatamente después se ha vuelto obvio, adujimos, entre otras cosas, algunos hechos lingüísticos referentes al verbo cópula; uno de ellos era el que en griego todavía es plenamente gramatical, y ejecutable en principio por cualquier hablante, algo que en posteriores lenguas de Occidente es ya un forzamiento de la lengua, disculpable a lo sumo en contextos en los que ciertas convenciones de grupo profesional o similar le den un significado; se trata del empleo del verbo cópula en manera «absoluta», esto es, constituyendo él mismo lo que la gramática llama el predicado. Un puro y simple *A esti* es gramatical en griego, mientras que su presunta traducción «palabra por palabra» en lengua moderna no lo es, si bien algunos lo empleamos de vez en cuando en situaciones en las que propiamente esa expresión no pretende ser una oración de la lengua que estamos hablando, sino meramente un recurso convencional para algo que el contexto debiera precisar, quizá simplemente para mantener en pie la perplejidad ante el hecho de que el griego sí puede decir sin más *A esti*, como puede, sin ser filósofo ni cosa parecida, decir en cualquier momento *ón* o *tò ón* o *tà ónta*, mientras que ya el latino *ens* ha sido fabricado de manera por completo contraria a la lengua misma y para hacer como que se traduce la expresión griega. Esta consideración, a saber, del carácter lingüísticamente forzado de los términos latinos y modernos frente al carácter natural de sus referentes griegos, podría extenderse a casi toda la terminología «ontológica».

La constatación que precede ya había sido relacionada (en capítulos anteriores y en otras partes) con otros hechos, como el

que el verbo cópula tenga en griego ciertas sinonimias, o, dicho de otra manera, el que otros verbos, que tienen significados léxicos determinados, aparezcan a veces como cópula sin que el sentido sea definiblemente diferente del que sería con el verbo cópula ordinario y sin que tampoco ello se perciba como pluralidad de significados de dichos verbos; todo lo cual apunta al hecho, ya señalado también, de que en griego la vaciedad léxica constitutiva del verbo cópula, si bien se da (pues sin ella no habría verbo cópula), es todavía una situación problemática, no obvia.

Nos interesa ahora expresar el mismo estado de cosas empleando otra fórmula, que, ciertamente, tampoco se emplea aquí por primera vez. El verbo cópula significa en todo caso límite; «ser» es «ser ...» y, por lo tanto, es de-limitación, de-finición. Mientras se está en el vuelco mismo en el que hemos situado la Grecia arcaica y clásica (incluyendo a Aristóteles), hay total coherencia entre ese significado de límite y el que el verbo cópula signifique sencillamente la afirmación, el «haber» de lo que hay, porque, en efecto, en ese momento es el límite, la distancia, el «entre», el lapso, el trecho o el tramo lo primero; dijimos, en efecto, que sólo una vez efectuado y, por lo tanto, dejado atrás el vuelco habrá pasado la distancia o el «entre» a ser una delimitación que acontece sobre la base o presuposición del continuo ilimitado y habrá pasado éste a ser lo primario y obvio. Pues bien, esto mismo significa que, cuando la situación sea ya esta última, cuando el vuelco haya quedado en efecto atrás, entonces ya no podrá, o al menos no sin graves problemas, el verbo cópula ser a la vez y por su misma condición de tal el verbo de la afirmación pura y simple, del «haber» de lo que hay, porque en todo caso el verbo cópula, por serlo, tiene que seguir significando límite («ser» es «ser ...»), mientras que en la nueva situación el límite ya no coincide con la afirmación pura y simple. Ello no sólo porque quizá ahora haya que intentar pensar un infinito; también porque, aun cuando sólo se pensasen cosas finitas, éstas se pensarían como límites o cortes en el continuo. El límite, y por lo tanto el ser, ya no coincide con el puro y simple «haber», con la pura y simple afirmación. El problema queda por de pronto

sólo planteado, y se tardará bastante en llegar a una fórmula como es la adopción sistemática y fija del lexema de «existencia».

No se trata aquí, desde luego, del verbo latino *existere* o *existere* tal como se encuentra en el latín clásico, verbo que no significa «existir», sino algo así como emerger, surgir y aparecer, y que tiene cierta posibilidad, aunque muy restringida, de entrar en sinonimia con el verbo cópula. El verbo «existir» del que ahora nos ocupamos, en cambio, no se encuentra en absoluto en el latín de Roma, aunque sí en el de la Edad Media algo tardía, y tiene tan poco en común con «ser» que, incluso en lenguas en las cuales el tipo sintáctico del verbo cópula es vivo para un conjunto de verbos, como en castellano con «parecer», «estar», «quedar», «resultar», precisamente el verbo «existir» no es de ese tipo ni siquiera tolera ocasionalmente tal construcción.

Ya hemos esbozado de qué índole es la exigencia de que llegue a haber en la lengua algo así como el tardomedieval y moderno verbo «existir». Cualquier papel en el cumplimiento de esa exigencia habrá de tener que ver con un papel en aquella historia que es inherente a la cuestión de fondo. En esa historia, la clasicidad árabe es un peculiar momento de recepción global del Helenismo; de esta caracterización ya hemos tenido que hacer uso en el capítulo 8 precisamente a propósito de la lengua, y sabemos además que la mediación árabe clásica es clave para la recepción del Helenismo por la Edad Media tardía. No tiene, pues, ni el menor parecido con buscar explicaciones externas y accidentales el llamar la atención sobre el hecho de que es en el árabe clásico donde quizá por primera vez podemos observar la constitución sincrónica de un lexema de existencia. Precisaremos un poco esta constatación.

En árabe, la oración nominal lo es estrictamente, es decir, sin cópula. Más aún; ni siquiera hay en árabe el tipo sintáctico al que, con vaciamiento léxico, pertenece el verbo cópula de otras lenguas. No hay, en efecto, ese modelo en el que un verbo introduce, matizando de una manera u otra la conexión, un grupo nominal que es predicativo del sujeto. En las construcciones verbales para cuya traducción a otras lenguas habitualmente

se emplea esa fórmula, ocurre sin embargo que en árabe lo que se traducirá como predicativo está en acusativo, mientras que el sujeto es en general nominativo; la relación entre ambos es, pues, enteramente diferente de la sujeto-predicativa, y asimilable, en cambio, a otras que se dan en árabe sin relación alguna con la oración nominal. Por lo mismo, el verbo de esas construcciones no sólo no tiene nada que ver con la cópula, sino que tampoco puede ser entendido en relación con el tipo sintáctico aludido, el cual no existe en árabe. Ello tiene la interesante consecuencia de que, si dentro de alguna clase de verbos ocurre algo parecido al modo de vaciamiento léxico que en otras lenguas separa a «ser» de los demás del mismo tipo sintáctico, entonces tendrán lugar dos cosas, o dos caras de la misma cosa: primero, que lo que define el conjunto de verbos en cuestión no podrá ser el mencionado tipo, y, segundo, que el término tendencial del vaciamiento léxico no podrá ser un «ser». De hecho, esta consideración puede aplicarse a cierto grupo de verbos definido por la confluencia de algunos hechos sintácticos y semánticos. Por una parte, dado que en la sintaxis del árabe es normal que a una forma verbal finita siga otra que, simplemente añadida, sin subjuntor, especifica el contenido (algo así como poner tras el perfecto de “salir” el imperfecto de “pasear” para decir que alguien salió a pasear), resulta muy natural que esta fórmula se emplee en multitud de casos en los que el contenido léxico concreto lo aporta el segundo verbo, siendo el primero algo del tipo de “comenzar (a)”, “llegar (a)”, “permanecer”, “repetir”, “cesar (de)”, etcétera; de donde se sigue también el que algún verbo sea empleado como el primero en esta construcción sin que su papel sea otro que el de que el cruce de su morfema de perfecto o imperfecto con el correspondiente del segundo verbo produzca en el significado una determinada perspectiva temporal. Puesto que la construcción en cuestión es una posibilidad general de la lengua, ningún verbo queda atado a ella, es decir, los mismos pueden también aparecer usados por sí mismos. Por otra parte está el fenómeno de verbos que significan cada uno de ellos el acontecer o estar o moverse en alguna determinada situación (por ejemplo: de mañana o siguiendo durante el día o por la no-

che) y que tienen la posibilidad de desprenderse contextualmente del matiz particular de cada uno, lo cual los lleva a confluir con los antes citados. Y todavía por otra parte: el que con cualquiera de los verbos aludidos pueda aparecer el acusativo antes mencionado, el que traducimos a otras lenguas por un predicativo del sujeto, responde sencillamente a las posibilidades de uso del acusativo en árabe con cualesquiera verbos, es decir: a diferencia de lo que ocurre con el predicativo nominal del modelo sintáctico que en otras lenguas hemos relacionado con la cópula, este acusativo no es característico de tipo alguno sintáctico de verbo, sino que es simplemente un miembro de oración, no diferente sintácticamente de los que pueden aparecer con otros tipos de verbos, de manera que tanto el que lo haya como el que no lo haya están perfectamente dentro de las posibilidades normales de la lengua. Con todo ello encontramos, parece que por primera vez, algo que reúne los caracteres siguientes: dentro de la estructura oracional, un verbo en situación de desvinculación léxica y que, sin embargo, a la vez está legitimado para constituir por sí solo predicación. Esto es todo lo que, en el nivel de la lengua, venía exigido por la problemática que, según resumimos al comienzo de este capítulo, había de conducir a la noción de existencia. Parece, pues, que por primera vez encontramos fenomenológicamente justificado usar la noción de un lexema de existencia o de «verbo(s) de existencia».

10. El modelo y su obviedad

Se observó anteriormente que el empleo de una categoría como «verbo» en una investigación como la presente exige cuando menos el intento de una definición precisa, mientras que el uso meramente pragmático puede (o quizá no tiene otro remedio que) mantener palabras como «verbo» en el paso de la descripción de una lengua a la de otra aun sin una base teórica suficiente (o, al menos, sin una que sea explícita) para la constancia del término. La pretensión, a la que aquí nos hemos obligado, de algo así como una definición rigurosa comportará previsiblemente la pérdida de la relativa comodidad que significa el poder echar mano de la categoría a propósito de lenguas muy diversas, y ello no porque una definición rigurosa haya de ser necesariamente más restrictiva, lo cual no ocurre, sino más bien por lo que se desprende de la imposibilidad de asumir carácter panlingüístico para categorías¹. De hecho, esa previsible y en todo caso interesante pérdida tiene que ver con lo que ya a lo largo de nuestra precedente exposición ha venido sucediendo. En la búsqueda del camino hacia una definición precisa de «verbo», se echó mano primeramente de la noción «morfemas extensos», la cual, mediante el empleo de ciertos análisis antiguos, resultó luego relacionada con algo que significamos con la palabra «tiempo», en un sentido, como se expuso, distinto del de ubicación en la línea del tiempo; fue un intento de dar nombre (ciertamente de manera forzada, pues es nombre para aquello que, por estar siempre ya supuesto, no se nombra) a aquello que semánticamente hay en el mero hecho de la constitución de nexos, del nexo como tal; y fue en este punto donde nos ayudaron los análisis antiguos, concretamente en el sentido de reconocer que el *rhêma* como tal, no por ser este o aquel *rhêma*, sino por ser

rhêma, «aporta la significación de ...»², a saber, de eso que hemos traducido por «tiempo». Se quiso así avanzar, por el momento, algo en la caracterización de cierto tipo de morfemas, para a continuación hacer notar que, si la alegación del mismo como, en efecto, un tipo especial, constitutivo denexo, ha de tener valor descriptivo en relación con la lengua misma, entonces es preciso que diferentes dimensiones de morfemas de ese tipo coincidan en caracterizar a un mismo caracterizando, a un mismo tramo, lo cual significa que esas dimensiones se crucen unas con otras (de lo contrario no serían dimensiones diferentes caracterizando lo mismo).

Llegado este punto, poco nos falta para reconocer que quizá hayamos construido algo que, de manera estricta, sólo se cumple (que sepamos) en griego, o, al menos, algo que sólo en el caso de esa lengua es válido en el modo de la subsunción bajo concepto, esto es, de que las notas del concepto sencillamente se cumplan. Adelantemos que un concepto puede tener validez descriptiva en otras maneras que la de la subsunción; el que la descripción no pueda efectuarse sin tomar como punto de referencia cierto concepto no exige en absoluto que ese concepto se cumpla. Una vez dicho esto, reconozcamos que, en efecto, el nítido cruce de dos dimensiones paradigmáticas semánticamente relacionadas ambas con lo que hemos traducido por «tiempo», al menos dentro del conjunto de situaciones lingüísticas que aquí podemos permitirnos considerar, sólo en el análisis de la lengua griega es resultado fenomenológico; las dimensiones concernidas son las que en su momento hemos designado como *tiempo* y *modo*, las cuales, según dijimos, son ambas «tiempo» en el sentido allí indicado; recuérdese que la noción misma del cruce comportaba el que, sea o no más o menos difícil exponer qué es en general semánticamente un presente (o cursivo), qué un aoristo (o factivo) y qué un perfecto (o estativo), es en todo caso claro que la diferencia entre esos términos permanece la misma tanto si uno u otro de ellos se combina con actual, como si lo hace con pretérito, como si con subjuntivo, como si con optativo, y que lo mismo le ocurre a la diferencia entre actual, pretérito, subjuntivo y optativo en relación con si uno u otro de esos

términos se combina con cursivo o con factivo o con estativo; ya hemos indicado cómo esto es compatible con que haya algunas casillas vacías. Por encima de detalles sólo explicables por peculiaridades de contexto o incluso de género, es claro que el modelo que acabamos de recordar funciona en griego y es indispensable para entender los fenómenos de esa lengua. Se trata, pues, en griego, de un hecho estrictamente lingüístico, no de nada en lo que pueda tener que ver una tradición cultural o escolar, antes al contrario, el cruce se nos volvió nítido en el momento en que hicimos con respecto a la disposición escolar tradicional ciertas correcciones fenomenológicamente exigidas. No así en otras lenguas para las que también la tradición gramatical postula modelos con la forma de un cruce entre dimensiones a primera vista comparables con las dichas. Digamos, por ejemplo, algo del latín. Aun prescindiendo de entrada de la cuestión semántica, sin duda es la propia lengua quien establece globalmente una clasificación en *infectum* y *perfectum*, la cual tiene algo que ver con «tiempo»; por otra parte, referirse en esto aclaratoriamente, y con independencia de toda discusión sobre etimología o sobre el indoeuropeo, al *tiempo* del griego, y decir, sólo a efectos de ayuda a la conceptualización, nunca de explicación, que los significados de factivo y estativo quedan englobados en uno solo en latín, puede tener cierto interés si y sólo si se añade de inmediato que el que esos dos pasen a ser uno cambia el sentido del conjunto, aproximando la dualidad resultante a algo que tiene que ver con ubicación en el tiempo o datación; en todo caso a algo que no constituye por sí solo una dimensión y, lo que es lo mismo, no se cruza con otras dimensiones. No se ve qué hechos de la lengua abonarían el hipotético cruce, sugerido por la arquitectura tradicional de los paradigmas, de esa presunta dimensión con una de algo así como presente-pasado-futuro; y, aun admitida provisionalmente una u otra de estas dos presuntas dimensiones, o bien una dimensión única que combinase los dos conceptos, seguiría sin verse que algún significado de cada uno de los miembros permaneciese idéntico en el paso de hacer contexto con «indicativo» a hacerlo con «subjuntivo» (o, en su caso, con uno u otro de los modos de los que se prefiriese hablar)³.

El latín es, de las lenguas con un *corpus* importante, la primera cuyo *corpus* pertenece por entero a una situación *ya* helenística, esto es, en la que el vuelco del que antes hemos hablado ya no es vuelco alguno porque está ya hecho y ha quedado atrás en el sentido de que la situación resultante de él es ya la situación obvia. El modelo *oración* es ya simplemente obvio; correspondientemente, también el recurso que hemos descrito como «verbo cópula» tiene el carácter de la obviedad en todos los casos en que procede su uso; recuérdese lo que dijimos de que en *omnia praeclara rara* estructuralmente hay verbo «ser», siendo de él la expresión cero una de las variantes de expresión admitidas para algunos miembros de su paradigma, análisis que, sin embargo, no sería aceptable para la «oración nominal pura» en griego arcaico y clásico. Todo lo que hemos vinculado con el descrito cruce de dimensiones, tal como lo hemos presentado, tiene que ver ciertamente con el modelo *oración*, pero precisamente con la *no* obviedad del mismo, con que él sea todavía el resultado de cierto vuelco que todavía ocurre en efecto como vuelco, con una relevancia que, por su mismo carácter, inmediatamente después ya no lo será; y estamos pretendiendo que la situación en griego (arcaico y clásico) es la que corresponde a ese «filo de la navaja»⁴.

Ya expusimos en su momento cuál es la peculiar e interesante posición del antiguo indio en lo que se refiere tanto al cruce de dimensiones como al verbo cópula. En cuanto a las otras lenguas a las que se ha hecho aquí significativa referencia, es claro por de pronto que el cruce no se encuentra ni en hebreo ni en arameo; sin pretender entrar aquí en todos los aspectos de la cuestión, recuérdese sólo que, aun si se admite la existencia sistemática de modos, éstos ocurren sólo dentro de la conjugación preformativa (esto es, del «imperfecto») y, por lo tanto, sin posibilidad alguna de cruce con «imperfecto»-«perfecto». Por otra parte, la ausencia de cruce sigue siendo lo que hay también en árabe clásico, y genético-diacrónicamente se trata desde luego de la «misma» ausencia; incluso cabe resaltar que, una vez más, el árabe «conserva mejor» cierto carácter (modos dentro de un «imperfecto», etcétera); sin embargo, ahora estamos dentro del modelo *oración*, y el que ciertas cosas que conectan con algo que

encontrábamos al margen de él puedan ser sistemáticamente aprovechadas responde a lo que, de manera similar a como lo hicimos a propósito del latín, podemos designar como la obviedad, ausencia de relevancia, que ahora, en situación *ya* helenística o, si se quiere, posthelenística o parahelenística, tiene ya el propio modelo *oración*; sin perjuicio de que el ser de más reciente incorporación pueda desempeñar un papel en la asunción de problemáticas derivadas de la propia obviedad del modelo; así, hemos visto en su momento (capítulo 9) cómo la ausencia de verbo cópula puede ahora ser utilizada para generar estructuralmente un elemento que, en efecto, desde la obviedad de la estructura oracional y de la cópula misma, venía haciendo falta.

NOTAS

¹ No nos referimos a ningún escepticismo trivial y difuso al respecto, sino a críticas bien asentadas. La distinción que hace Chomsky entre «universales formales» y «universales substantivos» implica que se carece de base para postular universales del segundo tipo, al cual precisamente pertenecería la universalidad de categorías.

² Como ya quedó dicho en otras partes, no se trata de que el *rhêma* sea el verbo (que no lo es, como *ónoma* tampoco es el nombre), sino de que el *rhêma* en cuanto tal, el carácter mismo de *rhêma*, o, si se nos permite una utilización atípica de terminología kantiana, el *rhêma* puro, no es sino la articulación dual misma a la que se apunta con *ónoma-rhêma*, y el apuntar a esa articulación dual no es sino el intento (o uno de los modos o recursos del intento) de señalar a lo que siempre ya hay.

³ De hecho no encontramos en la literatura lingüística existente ninguna interpretación del sistema de tiempos y modos del latín que describa un estricto cumplimiento de la condición del cruce, mientras que del griego no hace falta buscar mucho para encontrar el cruce como concepto dominante no sólo de cierto paradigma tradicional, sino también de los distanciamientos con respecto a él.

⁴ Todavía una precisión a propósito de «griego arcaico y clásico», una vez que ya ha quedado dicho en qué sentido dejamos aparte el griego helenístico. Hasta donde nuestro actual conocimiento alcanza, no aparecen datos suficientes para decidir si las características lingüísticas que hemos venido relacionando con «el filo de la navaja» se encontrarían ya en el griego del segundo milenio o «micénico». La Grecia a la que nos estamos refiriendo abarca, pues, dicho en términos convencionalmente históricos, desde la Edad Oscura hasta Aristóteles inclusive.

11. De gramática y escritura

Difiriendo en esto fuertemente con respecto al griego arcaico y clásico, el griego helenístico es lengua *de cultura*; y ni siquiera es una entre otras, sino que el propio concepto y fenómeno «cultura» es helenístico; es, en efecto, una exigencia subsiguiente al vuelco del que hemos venido hablando, una necesidad inherente al hecho de que el vuelco ya no acontezca como tal, sino que haya quedado atrás¹. Dado que hemos insistido en que con todo esto no pretendemos estar describiendo proceso alguno que fuese universalmente reconocible, ni historia universal alguna, es previsible que, incluso si encontramos en otras partes fenómenos que no tengamos más remedio que intentar comparar con estos a los que nos estamos refiriendo, el orden de aparición de los diferentes términos resulte ser, sin embargo, bien distinto del que un occidental (es decir, un posthelenístico) culto —entiéndase: nosotros— está en situación de entender. Vamos a considerar algún aspecto en el que esto efectivamente ocurre y que tiene especial relevancia en relación con la temática del presente trabajo.

De la *cultura* forma parte la gramática. De acuerdo con lo que del fenómeno «cultura» hemos dicho, la gramática aparece cuando la lengua se ha vuelto ajena y, además, precisamente en el sentido de una alienidad obvia, que no resulta ella misma relevante, sino que simplemente aparece en el hecho de que la relación con la lengua haya pasado a ser, obviamente, materia de operaciones específicas. Coherentemente con esto y con la posición que en el vuelco hemos atribuido a ciertos análisis de Platón y Aristóteles, la gramática se basa en la recepción helenística de precisamente esos análisis, recepción que tiene lugar, como se entiende a partir de todo lo dicho, en términos de enunciado o

proposición, es decir, interpretándose el «qué» y el «de qué» como los dos elementos constitutivos del enunciado.

Así, pues, en la línea Grecia-Helenismo la gramática viene *después* de una gran época de uso de la lengua durante la cual no hubo en absoluto nada parecido a gramática; y la gramática misma, por su parte, no está en la base de época alguna de florecimiento en el uso de la lengua; la gramática es, pues, estrictamente *a posteriori* con respecto al brillo de la lengua misma. Pues bien, en la India, cierto aparato extremadamente serio y completo de reglas en las que se pretende fijar el vínculo lingüístico es parte esencial de la base de un *ulterior*, amplísimo y muy duradero esplendor del uso de la lengua. Esto es lo que dice la palabra «sánscrito» (*samiskṛta*), que significa algo así como: efectuado de manera correcta y completa, elaborado, bien hecho. Ello, ciertamente, sin mengua de lo que dijimos en el capítulo 1 acerca de la problemática de la identidad de la lengua; que Kālidāsa se atenga a las reglas de Pāṇini es cosa distinta de que la lengua del uno sea o no «la misma» que la del otro, porque reglas conscientemente adoptadas, aunque sean las de alguien tan sabio como Pāṇini, nunca son la verdadera estructura; pero aquí es relevante, por lo que enseguida vamos a decir, el hecho mismo del seguimiento de la regla, con independencia de si él constituye o no identidad de lengua o la supone o no.

Dicho en abstracto, cualquier «gramática» (en un sentido en efecto muy abstracto y, por lo tanto, impreciso) opera sobre unos textos y tiene que ver con la exigencia de mantener de alguna manera el vínculo con ellos. Esto ocurre en el caso de Pāṇini con la importante concreción de que la masa de texto sobre la que se actúa es una tradición oral y el vínculo que se pretende mantener con ese texto es el de la exacta realización oral del mismo; más aún: la propia «gramática» es oral; tanto el texto como la «gramática» misma se transmiten y conservan pretendiendo la total exactitud, más incluso que lo que nosotros llamaríamos la «literalidad», siendo así que allí la cosa no tiene que ver con la «letra», sino con la memoria y la recitación. Quizá podamos pensar un poco mejor lo que esto significa recordando un caso que pudiera representar aquí el extremo opuesto. Perte-

neciendo a la tradición helenística o posthelenística, aunque trabajando sobre un material, en su origen, externo a esa tradición, la masora hebrea opera cuando, de manera natural, el texto ya no suena en absoluto, pues hace bastantes siglos que la lengua del mismo dejó de hablarse; lo que hay es el escrito, y, significativamente, aun la misma pretensión de recitarlo plantea exigencias propias del sentido presente de cómo es en general una lengua y que probablemente no estaban en el original carácter lingüístico del texto, por ejemplo la necesidad de fijar por escrito todas y cada una de las vocales; en todo caso, lo que se investiga es el texto, e incluso las averiguaciones de carácter «gramatical», esto es, referentes al sistema, a la lengua, pertenecen a un trabajo orientado no al sistema, sino al texto. En el caso de Pāṇini, por el contrario, la presencia del texto es oral y, por lo tanto, es intuitivamente completa; de lo que se trata es de mantener el vínculo con ella, esto es, de mantener el *sistema*; de lo cual, ciertamente, no podría tratarse si ese vínculo no se estuviese perdiendo, y huelga decir que lo que contemplamos en la obra de Pāṇini tampoco es el que esa pérdida se evite o el vínculo se recupere; hemos hablado, más bien, de que cierta ruptura queda como detenida o fijada en un compromiso duradero. Aclaremos que, cuando hablamos de texto oral, lo hacemos ateniéndonos: las limitaciones de lo que es nuestro objeto aquí; lo oral no es separable de lo gestual y de otras cosas; por lo mismo, Pāṇini es sólo uno de los aspectos, aunque uno importantísimo, del compromiso.

Ya ha quedado bastante claro que Pāṇini no tiene nada que ver o no se corresponde en absoluto con lo que es la gramática helenístico-temprana para el decir griego. Añadamos que tampoco con nada que tenga lugar dentro de la propia Grecia (arcaica o clásica, hasta Aristóteles inclusive). En Grecia no hay nada de ninguno de los dos tipos de conservación que acabamos de mencionar, ni el de Pāṇini ni el de los masoretas; ocurre, en cambio, algo, relacionado con la escritura, que ocurre sólo en Grecia y cuya interpretación aquí no podemos sino sugerir. El texto, básicamente, no es escrito; es recitado, cantado, danzado, gestual, etcétera. A la vez, la escritura, como guarda y custodia

del texto, tiene un nuevo carácter que, tal como vimos que les ocurría a otras cosas, llegado el Helenismo se habrá vuelto irrelevante por obvio, pero que, en sí mismo y allí donde se produce originalmente, no tiene nada de inocente. Cuando se dice que ciertos sistemas de escritura, próximos al griego desde el punto de vista de la génesis del alfabeto, no escribían todos los fonemas, se está hablando con una falta de rigor formal que hace desaprovechar parte de la fuerza de la misma constatación que se está haciendo; porque, si el principio en esos otros sistemas no era el de escribir todos y cada uno de los fonemas (y, en efecto, no lo era), entonces es que no se escribían en general fonemas, es decir, que el tipo de análisis con el que se atribuían valores a los grafemas no era el fonemático, sea porque fuese otro, sea porque no se aplicase un principio simple y único. La opción (griega) por el análisis en fonemas, como tal opción, es decir, no el procedimiento una vez convertido ya en obvio y simplemente empleado para cada nueva situación lingüística, significa la pretensión de establecer el sistema fonológico de la lengua, es decir, algo que, si se establece, se establece de una vez para la lengua en su conjunto. Esto está aquí dicho en los términos de nuestra contemporaneidad (sistema fonológico, fonemas, lengua, etcétera), que lo hacen sonar como relativamente trivial, porque en el marco contemporáneo nuestro «una lengua» es una accidental configuración de algo, «la realidad», que de suyo tendría lugar independientemente de una u otra lengua, lo cual no es sino expresión de que nuestras «diferentes lenguas», todas las que pueden funcionar en nuestra contemporaneidad y precisamente en la medida en que pueden hacerlo, son, en efecto, variantes de una misma cosa universal; la «realidad» tampoco es, ni siquiera para nosotros, nada extralingüístico, es más bien lo decible en un lenguaje que *sería* el universal y neutro y cuya noción no es sino el resultado último de todo aquello del vuelco, del espacio ilimitado, etcétera; todo lo cual es para nosotros efectivamente vinculante; pero que pretendiésemos hacer pasar también todo lo demás por ese aro sería que nos condenásemos a no entender nada; si, dicho en nuestros términos, cierta opción griega significa considerar un sistema que sólo como uno

para la lengua en su conjunto es pensable, si, por lo tanto, implica que la lengua misma como tal y en su conjunto se vuelve relevante, entonces, en Grecia, esto significa que en algún momento y de alguna manera es el juego que siempre ya se está jugando lo que acontece, lo que se vuelve relevante. Con lo cual encontramos, en lo que en materia de escritura hay de peculiar en Grecia, lo mismo que ya veíamos en lo que allí mismo encontrábamos a propósito de «tiempo» y «modo» y el cruce de ambos, a propósito incluso de «cantidad» y «acento», y de lo que dijimos que es también lo mismo que aparece bajo otros aspectos.

NOTAS

¹ Cf. mi *Historia de la filosofía antigua* (1995), en especial el capítulo XVIII. En cuanto a la propia palabra «cultura» y su adecuación para este uso, insístase ahora en la conexión con «culto» e incluso con religión. Se trata en todo caso de que la relación con lo importante, o sencillamente la presencia o el acontecer de ello, tiene lugar en un específico cultivo, en particulares actos, gestos, palabras, tesis, en una particular comunidad,

12. Lengua moderna

Ya en el capítulo precedente se ha tenido que hacer alusión a que las diferentes lenguas modernas tienen este estatuto, el de modernas, no de otra manera que en cuanto que son asumidas como, al menos a ciertos efectos vinculantes, variantes de algo así como una misma y única lengua. No cabe dentro de los límites del presente trabajo el entrar de lleno en la definición, ni aun desde un punto de vista lingüístico, de la peculiaridad de lo moderno. Pero algunas cosas es preciso que digamos, aunque sólo fuese (y quizá no sea sólo eso) para evitar malentendidos que pudieran derivar de generalizaciones a partir de cosas que hemos dicho de situaciones lingüísticas que precisamente *no* son la modernidad. El aserto procedente del capítulo anterior y que ahora hemos recordado acerca de las lenguas modernas es –nos detendremos ahora un poco en ello– tan evidente como difícil de aceptar.

La evidencia a que acabamos de referirnos se encuentra, por de pronto, en que al modo de existencia moderno es inherente cierto carácter universalmente vinculante; ese carácter lo tiene algo que quizá no sea contenido alguno, sino precisamente la ausencia de carácter vinculante por parte de cualesquiera contenidos, pero que aun así, o precisamente así, es en efecto algo que, como modernos, no podemos dejar de admitir; quizá incluso la misma universalidad no sea sino la otra cara de que de lo que se trate sea de ausencia de contenidos vinculantes; en todo caso, no deja de ser esa misma ausencia un vinculante, quizá incluso lo más profundamente vinculante; sea ello como fuese, esa condición de universalmente vinculante es lo que hay en el postulado de universalidad inherente a las nociones de *derecho* y *ciencia*; y tal postulado implica desde luego postular la posibi-

lidad de algo así como un discurso universalmente común, de cierto espacio en el cual, en la medida en que quepa hablar de diversas lenguas, al menos la traducibilidad sin resquicio, digamos la transparencia interlingüística, es exigida como inherente a la noción misma de validez; ahora bien, traducibilidad de este tipo y postulada precisamente de esta manera comporta tautológicamente que se está operando entre meras variantes de realización de una misma y única estructura.

Hasta aquí la anunciada evidencia del aserto; veamos ahora las dificultades para aceptarlo. Las hay, en efecto, ya por lo que se refiere al concepto mismo, incluso antes de entrar en el problema de su aplicación descriptiva. No se entiende bien cómo podría el concepto de lengua, o incluso simplemente el de estructura, hacerse compatible con que hubiese sólo una, esto es, con que no fuese alternativa frente a otras. Una estructura es lo que es porque hay otras. De la noción de una lengua no podemos separar las de una sintaxis y una semántica; con sintaxis ocurre lo que acabamos de decir que ocurre con estructura, y, por su parte, la semántica es algo que no podemos separar de la posibilidad de un discurso fuera de la lengua en cuestión, pues el reconocimiento de significado de las expresiones no parece separable de la referencia de expresiones del sistema a algo que no son expresiones del sistema; el argumento, empleado en el capítulo precedente, de que aun «la realidad» o «las cosas» no puede ser algo extralingüístico se vuelve ahora contra la propia noción de una lengua universal y única.

Tanto el uno como el otro lado de la cuestión han sido, en lo que precede, puestos de manifiesto empleando precisamente los conceptos característicamente modernos sobre lengua, significado y expresión, sintaxis y semántica. La aporía que se ha encontrado puede, pues, considerarse también como inherente a ese modo de conceptualización, pero no en el sentido de que debamos rechazarlo y substituirlo por algún otro; primero porque no se trata aquí de contradicción en el sentido de imposibilidad lógica; pero también y en especial porque esa aporía, esa imposibilidad de cerrar satisfactoriamente el modelo, una vez más, no es problema de cómo conceptualizar la situación, sino problema de la

situación misma, esto es, presenta lo problemático del estatuto del fenómeno lengua en el espacio moderno o, si se prefiere decirlo así, del fenómeno *lengua moderna*.

La contraposición o tensión que acabamos de contemplar como inherente a tal fenómeno se manifiesta, por de pronto, en que ninguna de las lenguas modernas es, por así decir, unívocamente moderna. No nos referimos con esto a que todas ellas «proceden» de una u otra manera de algo anterior a la modernidad, afirmación que por sí sola, además de ser trivial, pues todo procede siempre de algo anterior, no comportaría la mencionada ausencia de univocidad, pues reiteradamente hemos dicho ya (por primera vez en el capítulo 1) que la continuidad genético-evolutiva no comporta identidad de la lengua misma, con lo cual siempre cabría que unívocamente se encontrase que la lengua moderna de la que se trate es «otra» y no «la misma» lengua que su presunto «estadio anterior» premoderno (de hecho vamos a decir que en cierta manera así es). Hay, sin embargo, en lo que se refiere al carácter moderno de la lengua, ambigüedad en un sentido relevante y sincrónico, no otra ambigüedad que la que se desprende de las consideraciones formuladas unas líneas más arriba acerca de lo que comportan tanto la condición de moderno como la condición de lengua. Cualquier lengua moderna está –y en ello consiste su condición de moderna– bajo la exigencia, que ha asumido, de que en ella pueda comparecer con un grado aceptable de claridad la antes citada universalidad del derecho y de la ciencia, y, a la vez, cada una de ellas está en efecto sometida a esa exigencia, es decir, no se diluye en ella, sino que es anterior a ella, «anterior» ahora ya no en sentido diacrónico-evolutivo. Ahora bien, como consecuencia es también cierto (ahora sí con implicación diacrónica, sólo que negativa) que la incorporación del citado postulado moderno comporta, frente a una situación lingüística de otra índole, una transformación estructural profunda, que esa transformación, rompiendo con una situación anterior diferente en cada caso (a saber, una u otra situación lingüística precedente), rompe en virtud de en todos los casos la misma exigencia (a saber, la exigencia moderna), y que, por lo tanto, no sólo *no* hablamos la lengua de

Cervantes (porque la lengua de Garcilaso y Cervantes *no* es una lengua moderna), sino que estructuralmente nuestra lengua está más cerca de, por ejemplo, el inglés actual que de la lengua de Cervantes y Garcilaso; no constituye argumento en contra el que quizá resbalando por las páginas del Quijote tengamos cierta impresión como de estar en nuestra lengua y no así cuando leemos prensa inglesa de hoy; primero porque nunca observaciones tan impresionísticas son argumento alguno, pero además porque incluso la presunta mayor facilidad que, en comparación con un anglohablante actual, creamos tener para leer el Quijote contiene bastante de falacia; unos y otros, para poder leer a Cervantes, tenemos que aprender, incluso (y en primer lugar) lingüísticamente, y, en ese aprendizaje, el anglohablante puede estar algo más libre que nosotros de algunas interferencias, mientras que, en los aspectos verdaderamente graves, él y nosotros estamos en la misma situación.

Bibliografía

- Bergsträsser, G.: *Einführung in die semitischen Sprachen*, 1928, 5.ª ed. Ismaning 1993.
- Blachère, R., y Gaudefroy-Demombynes, M.: *Grammaire de l'arabe classique*, Paris (3.ª ed., reimpr.), 1975.
- Burrow, T.: *The Sanskrit language*, London (3.ª ed.), 1973.
- Chantraine, P.: *Grammaire homérique*, Paris, 1958-1963.
- : *Morphologie historique du grec*, Paris (2.ª ed.), 1967.
- Chomsky, N.: *Aspects of the theory of syntax*, Cambridge, Massachusetts, 1965. (Hay traducción castellana: *Aspectos de la teoría de la sintaxis*, Madrid. 1970. Reedición, Barcelona. 1999).
- Ernout, A., y Thomas, F.: *Syntaxe latine*, Paris (2.ª ed.). 1964.
- Fischer, W.: *Grammatik des klassischen Arabisch*, Wiesbaden (2.ª ed.) 1987.
- Mayrhofer, M.: *Handbuch des Pāli*, Heidelberg. 1951.
- Meier-Brügger, M.: *Griechische Sprachwissenschaft*, Berlin/New York. 1992.
- Meyer, R.: *Hebräische Grammatik*, Berlin/New York (3.ª ed.). 1969-1982. (Hay traducción castellana: *Gramática de la lengua hebrea*, Barcelona. 1989.)
- Palmer, L. R.: *The Latin language*, London. 1961. (Hay traducción castellana: *Introducción al latín*, Barcelona. 1974.)
- Rix, H.: *Historische Grammatik des Griechischen*, Darmstadt. 1976.
- Saussure, F. de: *Cours de linguistique générale*, Paris. 1916. (Hay traducción castellana: *Curso de lingüística general*, Madrid. 1980.)
- Schmitt, R.: *Einführung in die griechischen Dialekte*, Darmstadt. 1977.
- Schwyzler, E.: *Griechische Grammatik*, Erster Band (1934-39), 3. Auflage, München. 1953; zweiter Band, mit A. Debrunner (1950), 3. Auflage, München. 1966; Register, v. D. J. Georgakakos, 1953; Stellenregister, v. S. u. Fr. Radt, 1971.
- Segert, S.: *Altaramäische Grammatik*, Leipzig (4.ª ed.). 1990.
- Wackernagel, J., y Debrunner, A.: *Altindische Grammatik*, 1896-1954, reed. Göttingen 1957 ss.

Índice

	<i>Págs.</i>
Prólogo	9
1. Consideraciones iniciales	11
2. A propósito de algunos paradigmas verbales	15
3. Dimensiones morfológicas y tiempo	25
4. El verbo y la cópula	31
5. Transición	39
6. ¿Fuera del modelo oracional?	47
7. En la vertiente fonológica	53
8. ¿Dentro del modelo oracional?	57
9. El verbo «de existencia»	63
10. El modelo y su obviedad	69
11. De gramática y escritura	75
12. Lengua moderna	81
Bibliografía	85